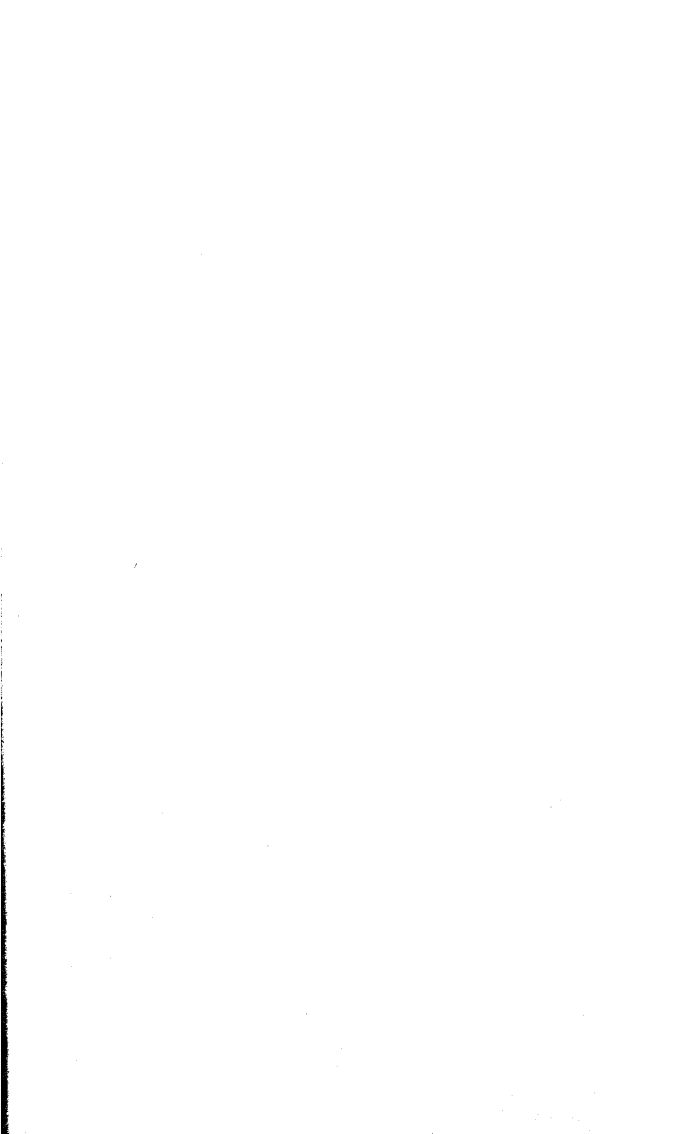




ANT-XIX-1841/1

R-41.494



BARTOLOMÉ ESTEBAN MURILLO.

ESTUDIO BIOGRÁFICO

POR

D. José Velazquez y Sánchez.



Integer vita, scelerisque purus...
..... (Horacio.)



SEVILLA:

Imprenta y litografía de EL PORVENIR.
1863.

CHURCH BAPTIST 100 1/2 ST

CHURCH BAPTIST 100 1/2 ST

CHURCH BAPTIST 100 1/2 ST

CHURCH BAPTIST 100 1/2 ST

CHURCH BAPTIST 100 1/2 ST

CHURCH BAPTIST 100 1/2 ST

CHURCH BAPTIST 100 1/2 ST

BARTOLONE ESTEBAN MURILLO.

I.

Los autores de biografías, por lo general, creen cumplido su encargo con seguir al personaje, cuya historia escriben, al través de los documentos que acreditan distintas fases de su existencia. Así vemos que resulta una especie de aridez en el estilo, y un vacío grande en la mayoría de tareas históricas de este género; porque el escritor no eslabona con los sucesos comprobados á que se refiere las conjeturas inmediatas y consideraciones próximas á los hechos: verdaderos lazos que unifican acción principal é incidentes, comunicando interés al escrito por la consecuencia en el relato.

Me propongo ensayar un sistema distinto en esta sencilla relacion, y antes de pasar á ponerle por obra explicaré mi pensamiento con toda la brevedad posible.

Consideraré á Bartolomé Esteban Murillo en relacion á su época; porque el hombre es un reflejo de la sociedad en qua vive. Por aislar á instituciones y personas de las condiciones de su siglo, contra las reglas de la crítica histórica, más de un escritor censura ó ensalza el efecto, cuyas causas desconoce, ó no se cuida de revelar.

Entre los testimonios auténticos de nuestro héroe espondré las tradiciones verosímiles que conserva su patria; llenando ciertas lagunas que en su camino suele encontrar todo biógrafo con las probabilidades que se desprenden de hechos antecedentes y posteriores, apreciados con la medida que impone el respeto á una memoria querida, y recomiendo la circunspeccion de quien escribe para el público, y principalmente para una seccion estudiosa del mismo.

Manifestaré con toda franqueza las fuentes de aquellas noticias que no resulten dadas hasta ahora; pues que para reproducir, sin mas variedad que la forma, lo que escribie-

ron Palomino, Ponz y Cean no hubiera tomado la pluma.

Cuando se levanta un monumento en Sevilla y frente al museo provincial y Academia de bellas artes al rey de sus pintores, parece proceder un cuadro de su vida, donde aparezca a los ojos de la posteridad la síntesis de los datos que tenia reunidos el pueblo que le sirvió de cuna para presentarle á la apreciacion del porvenir en toda la entidad de su significacion en los fastos del arte, y á la vez en todos los accidentes de su existencia, como ciudadano, y como hijo y padre de familia.

Bartolomé Esteban Murillo, para gloria suya y satisfaccion de sus biógrafos, puede llamar un crisol á cada uno de estos análisis; porque desde que se inaugura en los senderos de la vida, hasta que un estrémo de pudor le acarrea la muerte, no se halla en el dilatado curso de su edad una de esas debilidades, tan frecuentes en los hombres entregados á una idealidad exaltada, y que por consecuencia se hallan mas espuestos á la sobrecitacion de los sentidos. En vano tratan lisonjeros biógrafos de embellecer con tintas ligeras y suaves las flaquezas de sus héroes. En valde pintan la belleza y elevacion de sus mancebas; deter-

terminando con ingénua naturalidad el número y destino de los bastardos, procedentes de las reprobadas uniones. Yo me guardaré muy bien de lanzar la primera piedra contra los vencidos por las poderosas tentaciones de los enemigos del alma; pero juzgo mal hecho referir estos desórdenes; sobre todo, cuando se quieren presentar como accidentes comunes de la vida, que han adquirido el privilegio de no suscitar un sentimiento pesadoso en contraste con los deberes, sancionados de consuno por la religion y la moral. La vida de Murillo desafía las exploraciones malignas de los afectos al escándalo. En el círculo de sus relaciones siempre se descubre, tolerando con dulzura el contacto con discolos y altaneros, como su maestro y pariente Castillo y su émulo Valdés; sometiéndose con docilidad absoluta á las lecciones y consejos de hombres entendidos en el arte; siguiendo con obediencia filial los avisos de Moya y Velazquez de Silva; mereciendo el sincero aprecio y la estimacion de personas, que no podian conceder su cariñoso trato sino á sujetos de probidad relevante, como D. Justino de Neve y D. Miguel de Mañara. Murillo, en conclusion, es una de esas nobles figuras, alumbradas por un resplandor diáfano y sereno, con cuyo

prestigio artístico y moral se desmiente la infanda teoría de que el génio es compañero inseparable del desórden: teoría que pretende escudarse con los tipos de Shakespeare, el Spagnoletto, el Arettino, y tantos otros génios como arrastraron sus alas por el lodo inmundo de la disolucion.

Lejos de mí el pensamiento vanidoso de pronunciar la última palabra respecto al insigne pintor sevillano; porque hay cuestiones incidentales que todavía se discuten sin visos de un éxito plausible, como la de fijar su vivienda en la collacion de la parroquia de Santa Cruz, y el título de adquisicion de su esclavo, el mulato granadino Sebastian Gomez, cuya escritura de compra ó donacion se ha buscado sin fruto en los protocolos de nuestras escribanías públicas. Estimo conducentes tales estremos cuando surgen al paso del biógrafo algunas indicaciones, hábiles para ilustrar una búsqueda provechosa; pero me abstendré de seguir en su ruta á los curiosos que se obstinan en depurar semejantes pormenores; porque nada mas fácil que el desbarro, y hasta la perversion del mejor sentido, cuando le agujonea el inmoderado afan de un descubrimiento sin brújula que le guíe, y el prurito orgulloso de volver de

las regiones del tiempo pasado con una pre-
sea, arrebatada á sus tenebrosos misterios.
Hay glorias que puede rehusar el valiente,
por más que las busque el temerario.

II.

Palomino asentó que el padre de la escuela
sevillana fué natural de Pilas, pueblo de la
actual asignacion de nuestra provincia, y que
habia nacido en 1613. Documentos irrecusa-
bles han restablecido la verdad sobre el yerro
del autor de la *historia de la pintura*. Sus pa-
dres, feligreses de la parroquial de Santa
Maria Magdalena, habitaban en una calle
curva que desemboca en la plazuela del com-
pás del monasterio dominico de San Pablo, y
que llamada *de las tiendas* por algunos esta-
blecimientos de los que se ofrecen al tránsito
de los forasteros en las cercanías de las puer-
tas principales de la ciudad, ha recibido la
advocacion honrosa de Murillo en reciente ar-
reglo de S. E. En el archivo parroquial de la
Magdalena (instalada hoy en San Pablo) se
facilita á la veneracion de los amantes del
grande hombre (expidiéndose millares de cer-

tificados á los extranjeros) la partida que ocupa el folio 121 á la vuelta en el libro 16 de bautismos: partida que en un tiempo se confundió con otra al folio 227 del libro décimo tercio, por la equivocacion de constar en ella bautizado en 19 de setiembre de 1601 un Bartolomé, hijo de Luis Murillo y de Mencía de la Barrera. El expediente del prebendado D. Gaspar de Murillo, recibido por capitular en la Santa Iglesia de Sevilla en 1685, ha revelado la autenticidad de la partida del libro 16, y aunque resulte que Esteban es primer apellido paterno, y Murillo aparezca segundo de padre ó madre, consta lo comun que era por desgracia escoger entre cuatro ó mas de la ascendencia, introduciendo así trascendentales abusos, y dando márgen á complicaciones y enredados litigios, de que se ofrecen continuos y sensibles casos en nuestro foro.

La partida, á la fecha indudable, dice así:

« En lunes, primero dia del mes de enero de mil y seiscientos y diez ocho años: Yo el licenciado Francisco de Heredia, Beneficiado y Cura de esta Iglesia de la Magdalena de Sevilla, baptizé á Bartolomé, hijo de Gaspar Esteban y de su legitima muger Maria Perez: fué su

BARTOLOME ESTEBAN MURILLO.—2.

padrino Antonio Perez al qual se le amonestó el parentesco espiritual, y lo firmé fecho ut supra.—Licenciado Francisco Heredia.»

La virtuosa madre de nuestro artista era parienta muy próxima del famoso maestro Juan del Castillo; selecto discípulo de Agustín del Castillo; establecido en Córdoba, y dedicado á los frescos con felicidad imponderable. Hombre de grandes dotes, pero de trato duro, Castillo dirigió los estudios de Alonso Cano y de Pedro de Moya. Demasiado pobre la familia de Bartolomé Esteban para costear los cursos de una carrera literaria, y bastante hidalga por otra parte para dedicarlo á los oficios mecánicos, injustamente deprimidos en aquella época, aprovecharon el favor de su deudo, instalándole en el taller de Castillo. Este á la vez le iniciaba en el dibujo, y le instruía en las particularidades mas precisas para emprender la composicion de cuadros; predominando la iconología sagrada por el espíritu esencialmente religioso de aquella edad.

La pintura en España atendia entonces mucho más á la correccion del dibujo que á la belleza del colorido. Mientras la escuela italiana, admirando el severo recorte de Buonarroti y el concienzudo lápiz de Rafael, se de-

jaba seducir por la brillantez y dulzura de los pinceles del Ticiano y de Guido Renni, la escuela flamenca templaba la dureza de sus fondos y la sequedad de su estilo con la pastosidad encantadora de Rubens y la ingénua franqueza de Van-dik; y la generacion pictoria sevillana seguia la coloracion enjuta de la escuela florentina. Tal se descubre en los Herreras, Pacheco, Vargas y los Castillos, y en los primeros tiempos de Moya, Cano, Velazquez, y nuestro héroe.

La Iglesia, egregia patrona de las artes, enriquecía á los maestros de fama; haciendo un depósito de joyas artísticas de valia inestimable sus templos, cláustros, catedrales, palacios de Prelados, colegios, casas de misericordia, bibliotecas, y moradas de dignidades, prebendados, y clero de ventajosa posicion. Así los asuntos sagrados eran temas predilectos de nuestros pintores, y en nacion alguna como en España, y en la floreciente escuela de Sevilla, se hallaban tan uniformes, y rigurosamente convenidos los tipos santos, los emblemas católicos, los pasages bíblicos, evangélicos, y de ritos y advocaciones particulares (1) La nobleza andaluza, por otra parte, distinguida siempre por su afecto á los artistas, y su benevolente aficion al pueblo, esti-

mulaba á los pintores de la Reina del Guadalquivir; cosfiéndoles el cuidado de enriquecer las estancias de sus casas solariegas con tablas, metales y lienzos, en que ofrecían á su devoción sagradas imágenes ó grupos venerandos. Comenzábase á difundir el gusto por los retratos de familia, creándose la especialidad caprichosa de los floreros, fruteros y jarrones, en que tanto se distinguía Herrera el mozo, y de las baratijas arregladas que el vulgo llamó bodegones, en que se singularizaron tan primorosamente Herrera el viejo y Velazquez. Los concejos destinaban á los artistas, no solo á el exorno de fachadas, catafalcos, arcadas triunfales, decoraciones en perspectiva, carros de representaciones de autos y entremeses, retratos de célebres personajes, y trazas de edificios públicos; sino que abrian campo á la competencia, estimulando á los ingenios con previos concursos de oposicion, joyas y ayudas de costa y gratificaciones de cuantía.

Los pintores sevillanos empezaban á salir de la capital para instalarse en las ciudades de Andalucía, y dirigir obras y accesorios en diferentes basílicas y monasterios de la provincia; difundiendo su reputacion, y comunicándose entre sí los hombres privilegiados en pró

del adelanto de las artes. La nombradía justa de la escuela sevillana movia á trasladarse á la corte bajo una égida protectora, y con esperanzas de éxito, á jóvenes adelantados como Velazquez de Silva; á emprender á otros una serie de viajes á países extraños, como el de Rivera (*el Spagnoletto*) á Italia, y el de Moya á Flandes. Juan del Castillo recibió proposiciones deslumbradoras para utilizar sus talentos en Granada, y Murillo, huérfano á la sazón de padre, y sosteniendo á su madre con el escaso producto de sus cuadros de baratillo, exhibidos los jueves en el mercado de la feria, no pudo seguir á su tío en la artística expedición. Quedó entregado á sus estrechos recursos; en el albor de su carrera; continuador de un estilo duro que principiaba á chocar, y desdeñado por los pintores, como sobrino de un maestro de condicion áspera, y que habia escitado entre ellos general antipatía por su desabrida índole y su insufrible altivez.

Los primeros años de Murillo en la profesion representan un cúmulo de esfuerzos heroicos por sostenerse con auxilio de su arte; la esclavitud del génio á la dura ley de la necesidad, y las abstracciones melancólicas de un espíritu superior, comprimido en sus es-

pansiones por la precaria, continua, y triste realidad. Tal vez un artista de nuestro siglo, Tántalo desesperado de la gloria, Prometeo encadenado al banco de galeote de la indigencia disimulada, Sísifo de un trabajo sin holgura para asegurar una mezquina subsistencia, hubiera buscado en el suicidio término á las angustias de una vida de fatigas estériles y de privaciones dolorosas. Pero en el siglo de Bartolomé Esteban habia fé cristiana, por mas prosáica que parezca á los materialistas de nuestra edad. Se creia en Dios; se le amaba como á bien sumo, y se esperaba con filial resignacion en su providencia. A trueque de algun esceso de jurisdiccion, de tal cual idea extravagante, y de ciertas supersticiones, existia en todos los ánimos varoniles esa sávia fecunda que se denomina la confianza; esa franqueza de sentimientos que revela al género; esa resolucion valiente que condujo á Hernan Cortés al pais de los Incas; que hizo soportar contrariedades crueles á Miguel de Cervantes; que llevó á cabo la caritativa y árdua empresa de D. Miguel de Mañara.

Murillo se resignó á pintar para los tratantes subalternos en cuadros; creyendo una dicha la compra de algunos lienzos para mercaderes de pacotilla, que se dirigian al Nuevo-

mundo con diferentes artículos, propios para auxiliar la instalacion de viviendas á la europea. Por esta razon pagaban los efectos á precios mas elevados que los comunes, si bien exigian ordinariamente más celeridad en su egecucion que la necesaria para la debida perfeccion de las obras. A esta época pertenecen muchos cuadros en las Islas Canarias, Isla Española, y Méjico, y tres, entre otros, colocados en ángulos de los cláustros del colegio de *Regina* y convento de San Francisco, y en la capilla del Rosario del colegio de Santo Tomás de Aquino, extinguidos hoy. En estos lienzos demuestra Murillo conocer la reforma iniciada en el estilo colorista, y denuncia el extraordinario manejo que se adquiere cuando la práctica recae sobre principios sólidos; pero falto de modelos, y desprovisto de medios para subsistir durante difíciles ensayos, buscando un colorido mas suave, cayó en el amaneamiento por carecer de la pródiga guía de consejos autorizados y competentes.

Murillo tenia veinticuatro años, y llevaba el luto por su digna y amorosa madre. Encontrándose en Cádiz, adonde se instaló con objeto de pintar una partida de lienzos de encargo para las Américas, recibió la visita de Pedro de Moya, quien volvia de Holanda de

estudiar los pasmosos adelantos de la escuela flamenca. La conversacion del viajero fué un rayo de luz para Bartolomé. Comprendió los recursos que proporcionan el estudio de los clásicos, y la observacion de los progresos de distintas escuelas. Esteban concluyó sus encargos. Tomó una decente cantidad. No tenia suficiente para dirigirse á Italia, emporio del saber artístico. Van-dik habia muerto recientemente en Inglaterra. Flandes ardía en la hoguera devoradora de una guerra cruel. Pero en Madrid habia grandes modelos, y Diego Velazquez gozaba la reputacion de hombre excelente y particular protector de sus paisanos. Murillo sin comunicar á nadie estos proyectos volvió á Sevilla, pasando unos dias de asueto en Pilas, pueblo del Condado. . . ¡Misterios dulces de un corazon juvenil! Murillo estaba prendado de una jóven modesta, agraciada, y de tan buena sangre, como de situacion acomodada, cuyo nombre era doña Beatriz de Cabrera y Sotomayor; pero su pobreza enfrenaba la intensidad de su cariño, y Bartolomé partió sin indicar su afecto; emprendiendo la ruta para la villa y córte en 1643.

III.

Diego Velazquez disfrutaba de una posición envidiable en Madrid. En la corte de poetas, pintores y músicos de Felipe IV destacábase en primer término á favor de su génio privilegiado, y merced á la proteccion afectuosa del Conde-duque. Las esperanzas de Bartolomé Esteban no salieron fallidas, y su paisano, el discípulo de Francisco de Herrera el viejo, el yerno de Francisco Pacheco, el pintor de cámara y comisionado artístico de S. M. C. en la metrópoli del Orbe cristiano, recordó en la juventud obscura y laboriosa de Murillo sus días de prueba; sus luchas por abrirse camino entre las celebridades contemporáneas, y su ambicion de hallar una mano amiga que se tendiera franca á la proteccion de sus desvelos. Para Velazquez fué un Mecenaz ilustre el canónigo y maestroescuela de la santa iglesia de Sevilla, D. Juan de Fonseca y Figueroa; pintor de aficion; sumiller de Cortina; hermano del marqués de Orellana; grande amigo de D. Gaspar de Guz.

BARTOLOME ESTEBAN MURILLO.—3.

man, y noble instrumento de la posición de nuestro grande hombre en la corte de España.

Murillo quería iniciarse en el movimiento artístico de su era. Deseaba aprender en los estilos en boga uno que reuniese á la severidad del dibujo la belleza del color. Anhelaba conocer las tradiciones de la sabia antigüedad en los restos de su esplendor augusto. Venia á buscar en el régio Alcázar de la Villa, en el portento del Escorial, y en las moradas suntuosas de la nobleza, horizontes á su imaginación; polos á sus adelantos; huellas en la senda de la gloria. El Monarca tenia distribuidos en sus posesiones los lienzos mas inspirados de las escuelas italiana, flamenca, y española. La nobleza guardaba en sus palacios los cuadros, esculturas, adornos y mueblaje mas excelentes de su tiempo. El taller de Velazquez era tertulia constante de los ingenios de la corte. Allí, entre chistes y epigramas, discursos y animados diálogos, se aprendia como en la mejor aula en materias de historia, gusto y discrecion. El maestro habia recibido allí cordialmente á Pedro Pablo Rubens, y allí tenia los bocetos de sus mejores obras. Allí estaba su cartera con los croquis de los cuadros admirables que enri-



quecían los palacios y aristocráticas mansiones de Venecia: apuntes del pintor de cámara en su viaje por Italia. Allí constaban los adelantos de Alemania en estampas selectas y exquisitos grabados, con que los discípulos de Alberto Dürer popularizaban las pinturas de mayor nota. Allí se hablaba de las maravillas del Vaticano por artistas y literatos, que consultaban como un oráculo á D. Diego sobre sus preciosidades sin número en todos los ramos del arte de lo bello y lo sublime. Allí respiró Bartolomé Esteban la atmósfera que requería su aspiracion briosa de hombre singular.

Mudo entre los ilustrados tertulios de Velazquez, y contemplativo ante los autores antiguos y modernos, que hablaban á su inteligencia en leccion elocuente, absorvia con avidez la enseñanza de los temas y cuestiones; explotando la experiencia de los maestros en el tipo que se proponía formar entre los pintores de su patria: sueño acariciado en el disimulo de la modestia; pero vislumbrado en el porvenir por la fé ardiente del privilegiado artista.

Velazquez abrió á su jóven paisano las puertas del Palacio Real, donde, durante la permanencia frecuente de la corte en el deli-

cioso sitio del Buen Retiro, pudo familiarizarse con Ticiano, Van-dik, Rubens, Rivera, Rafael de Urbino, Guido Renni, y los primeros maestros del renacimiento. Murillo recibió las impresiones del arte antiguo, copiando algunas esculturas célebres, y dibujando sobresalientes modelos en yeso y escayola de figuras y grupos de primer orden en Grecia y Roma. Aun no podía tener á la disposición de su laborioso esmero los prodigios, recogidos por Velazquez en 1651, recuestados más tarde y á enorme precio por los embajadores para la Magestad Católica, y donados al Rey por los Grandes de España, como el duque de Medina de las Torres, el Almirante de Castilla, D. Luis Mendez de Haro, y el conde de Castrillo. No brindaron espacio á su fantasía la contemplacion entusiasta del Laocoonte de Belvedere, del Hércules Farnesic, el Antinoo, la Niobe, el Apolo Pitio, los gladiadores, la Vénus de Médicis, y el jugador de la morra. No ofrecieron á su estudio propicia ocasion los vaciados en bronce y yeso mate de las arrogantes cabezas de Aurelio, Séptimo Severo, Domiciano y Tito; las fisonomías correctas de Livia y Julia; los perfiles magistrals de Numa Pompilio, Antonino Pio y Escipion, y la cabeza del Moisés; reto de Miguel Angel á lo

mas famoso de la antigüedad. El Tintoreito, Zampierri (el *Dominiquino*), el Veronese, Andrea del Sarto, el Coreggio y Caravaggio no desarrollaron á la vista de Murillo todas las perspectivas del arte en un panorama deslumbrador. Carlos I decapitado, y fugitivo el Príncipe de Gales, despues Carlos II, se hizo almoneda de la Casa real, y el embajador de España, D. Alonso de Cárdenas, compró á exorbitantes precios buen número de cuadros, y entre ellos la perla de Rafael. Algunos años mas tarde que Bartolomé hubiese ido á Madrid habria encontrado inmenso horizonte á su afan de aprender; y quizás el pintor de las Vírgenes y los Santos, seducido por la fábula, y prendado de la mitología, hubie-ra interrumpido sus tareas místicas para dominar el desnudo como Ticiano en su *Danae*; interpretar el mito idólatra á similitud de Julio Romano, y traducir con el pincel las curiosas metamórfofis del apólogo griego al estilo de Paolo Veronese en *Júpiter y Leda*. Pero en 1643 aun no enriquecían á la corte tantos brillantes despojos de museos, palacios y villas de Italia. Murillo conoció solamente los diseños de muchas obras maestras del extranjero; supliendo la falta de enseñanza tan provechosa la erudicion de Velazquez, recibida

en no pequeña parte de su maestro y padre político Francisco Pacheco; literato distinguido; pintor versado en sus viages con las notabilidades artísticas de aquel tiempo, y teórico sin competencia en sus dias.

Dos años empleó Bartolomé Esteban en crearse una ilustracion ámplia, un gusto selecto, y un estilo peculiar. En vano trató su generoso Mecenas de retenerle en la corte, animándole con el lucro de sus tareas, prometiéndole auxilios para sus adelantos y creces de su nombradía, y redoblando las pruebas de un afecto cariñoso. Terminó sus copias en el Escorial; cada vez mas favorecido el Alcázar monástico con la posesion de excelentes cuadros y esculturas, y despidiéndose de D. Diego con efusion agradecida, regresó á su ciudad natal, adonde le llamaban sagrados intereses y el cumplimiento de sus faustos destinos.

Bartolomé Esteban tenia á su hermana á cargo de una anciana y bondadosa tia. Esta hermana poco tiempo despues debia contraer matrimonio con D. José de Beitia, secretario del despacho universal. Murillo amaba á doña Beatriz, y temia perderla para siempre si ya en posicion mas aventajada no la declaraba su noble y puro amor; no entibiado por las

aventureras costumbres de la galante corte de Felipe IV; conservado como un culto en el íntimo santuario de su hidalgo corazón; formando el panorama risueño de la esperanza en aquella existencia de privaciones y laboriosas fatigas. Nuestro héroe, como discípulo de Velazquez, habia dulcificado la sequedad de Juan del Castillo; pero á fuerza de copiar al Españoleto, á Van-dik y á Ticiano contrajo un arranque tan resuelto, valiente y enérgico, que los pintores de Sevilla no podian conocer en sus primeros cuadros al pobre artista de ferias y embarques, y hubieran tenido disculpa en atribuirlos al lápiz y pinceles del autor de los Cíclopes y de Baco laureando á un beodo.

IV.

Tan pronto como Bartolomé Esteban Murillo volvió á su patria halló coyuntura feliz de significar sus adelantos en la decoracion de los claustros nuevos, acabados de edificar en el convento de San Francisco de la casa grande, que se hallaban contiguos á la portería. La coleccion de cuadros, pintada para la co-

munidad mendicante, no parece de nuestro pintor, cotejando su estilo con el de sus demás obras posteriores; pues en ellos domina en los tonos acusados y en la entereza de los toques la manera del Españoleto; en el tránsito de Santa Clara el dibujo y corte clásico de Van-dik, y en el San Diego entre los pobres esa fuerza de claro-oscuro que distingue á Velazquez. Y es que Murillo aun no se atrevia á ser original; y dudando si se captaría el agrado público la belleza de colorido de la escuela italiana, optaba por la conveniencia de la escuela flamenca con la española, autorizada por Cano, Zurbarán, Pacheco, Valdés y Moya.

Esta coleccion fué el origen de la fortuna para Bartolomé Esteban, á quien encargaron multitud de cuadros á porfía los conventos, parroquias, casas de piedad y establecimientos públicos. Los franciscanos, justamente orgullosos de haber singularizado su claustro chico á favor de la habilidad del jóven maestro, le compraron una Concepcion de gran tamaño, destinada á figurar como rara joya sobre el arco de la capilla mayor, y otra con un religioso de la órden seráfica en primer término, y ocupado en defender con la pluma la original pureza de la madre de Dios; confián-

dole el retrato del arzobispo D. Fray Pedro de Urbina, que habia de colocarse en la antecristia de un magnífico templo. La comunidad de PP. Capuchinos, estimulada por el éxito del génio sevillano, le contrató diez y seis cuadros, entre los que resaltan el de la concesion del jubileo de la Porciúncula para el altar mayor, San Félix de Cantalicio entregando al Niño Dios á su Madre Santísima; la Virgen del tabernáculo, las Santas Justa y Rufina y Jesusucristo en la cruz, abrazado por San Francisco. En el convento del Carmen (hoy cuartel de infantería) recibió una paga, cuantiosa para aquellos tiempos, por una imagen de Nuestra Señora sentada, con Jesus niño en los brazos, colgada en el altar de la sacristia, y un Ecce-homo, colocarlo en el altar de una capilla nueva al lado del evangelio. En la Merced calzada se adquirieron del pintor en moda las pinturas del arcángel San Rafael, un Resucitado, San Luis rey de Francia y la fuga al Egipto. El monasterio de Santa María de las Cuevas, orden de la Trapa, abrió su templo ostentoso á la inspiracion del moderno artista. Aquella opulenta Cartuja sevillana, que sirvió de refugio al famoso Torrigiano, recibió con estimacion entre

BARTOLOME ESTEBAN MURILLO. —4.

sus limbres artísticos una efigie magestuosa del Salvador del mundo, y la sangrienta cabeza del Bautista. Los Agustinos renovaron el altar mayor de su iglesia, y le dieron ocasion de ofrecer á la adoracion pública, entre diferentes cuadros de relevante mérito, la imagen del Santo Obispo de Hipona, y dos pasages de la vida de Santo Tomás de Villanueva; cuando de niño distribuye sus ropas entre chicos indigentes, y ya religioso, repartiendo limosna á los pobres; donde campea una encantadora perspectiva claustral. En San Pedro Alcántara pintó para el presbiterio un San Antonio Paduano de felicísima egecucion, y una de sus encantadoras Concepciones para el altar del sagrario del opulento monasterio de San Gerónimo de Buena Vista.

En cuanto á iglesias parroquiales no extrañará el lector que sea menor el caudal de cuadros de mano tan insigne que posean, reflexionando en la preponderancia de las órdenes religiosas, por su número, institutos, gracias apostólicas; especiales cultos y medios de fomentar la devocion sobre los curas, beneficiados, y capellanes. Menos favorecidas las parroquias que los conventos por donativos de los fieles, concurso de congregaciones, hermandades y cofradías, y fundacion de pa-

tronatos, enterramientos, y memorias, apenas alcanzaban sus rentas á cubrir las necesidades de fábrica, y mientras difícilmente emprendian obras y compraban cuadros, los propios mendicantes tenían empleados años enteros á los artistas de más alto renombre. La parroquia de San Andrés, sin embargo, muestra con legitimo orgullo un Salvador de medio cuerpo, en la capilla de San Lucas, propia del gremio de pintores de imaginería y adornos. Santa Catalina guarda cerca de la capilla del Sagrario el lienzo de la bellísima titular, de medio cuerpo tambien (2), y Santa Maria la Blanca, mas feliz que las otras, lució des medios puntos al óleo en la nave principal, relativos á la vision del patricio romano y de su muger acerca de fundar la basilica de Santa Maria la mayor en la capital del catolicismo, y á la cuenta que dieron del milagro al Sumo Pontífice (hoy en el Museo de Madrid); una Concepcion al lado del evangelio, la representacion delicada de la Fé al de la epístola; una Virgen dolorosa, un San Juan Evangelista, y la sagrada Cena; que si no es de Murillo, como sostiene Cean, la aseguro por de uno de sus discípulos mas aventajados.

El Hospicio de Venerables Sacerdotes en-

cierra en su templo una Concepcion y un San Pedro Apóstol de singular valia, y en el re-
fectorio la Virgen madre con su hijo, y el
retrato del egregio D. Justino de Neve. La
iglesia de la Caridad salia de la condicion de
hermita de San Jorge, merced al celo infati-
gable del caballero Mañara, quien por una
parte edificaba con ayuda de limosnas y do-
nativos la casa de Dios, y abria por otra á
desvalidos enfermos las puertas de un asilo
piadoso, que hace imperecedero su nombre
en los gloriosos fastos de Sevilla. Murillo re-
cibió la órden de pintar una série de lienzos,
relativos á pasages de la Biblia y episodios
caritativos de los héroes de la beneficencia,
elevados por sus virtudes, y declaracion de la
Apostólica Sede, á la categoría de los Santos;
provocándose una especie de competencia en-
tre nuestro héroe y Valdés Leal; certámen-
te produjo consecuencias grandiosas. Valdés
se escedió á sí mismo; desempeñando á ma-
ravilla los asuntos del Triunfo de la cruz, los
geroglíficos del tiempo y de la muerte, y el
cadáver del Obispo en que empieza á deter-
minarse la corrupcion, «*con una fetidez que
maree,*» como decía en su gráfico estilo el cé-
lebre poeta D. Nicasio Gallegos. Bartolomé
obtuvo la palma en el concurso artístico. En

el cuadro de las aguas superó extraordinariamente á Poussin, que en 1634 y en 1649 trató tan árduo pasage para Monsieur de Gillier y Antonio Stella. En el del milagro de pan y peces trazó un modelo inimitable de multitud de figuras, agrupadas con graciosa naturalidad, y en gradacion perfecta (3). En el hijo pródigo siguió el tipo de Pompeyo Batoni y de Espada, como de mas efecto que el instante angustioso, elegido por el melancólico Salvador Rosa. En Santa Isabel de Hungría curando á los leprosos llevó la verdad y la viveza de dibujo y colorido hasta el último término posible en el arte. En San Juan de Dios, rendido al peso de un pobre y levantado por un ángel, hizo ventaja á la dulzura y expresion de Rubens. En Abraham, vísitado por tres ángeles en figura de mancebos, tradujo las costumbres y la belleza de los hombres del Oriente primitivo con una entonacion digna del sábio Buonarotti. En la cura del parálitico de la piscina desarrolló sus conocimientos de la anatomía pictoria en sorprendente escala. San Pedro Advíncula, una Encarnacion, San Juan niño y Jesus de pequeño, completan esta coleccion famosa que distingue á la casa de Caridad, tanto como el recuerdo del venerable Mañara, y el celo perseverante de

los herederos de sus filantrópicas tareas. Don Miguel era digno de que Esteban y Valdés le consagrarán sus mejores trabajos. El siervo de Dios que sentía y ejecutaba lo que dice Arnand *«la fé ha realizado mas prodigios que el génio.»*—y juntaba escudo á escudo, y óbolo por óbolo, contingente para sus empresas benéficas y cristianas, pagó con el esplendor de un Príncipe á los dos artistas; abonando á Murillo por los ocho cuadros con que honró el edificio la suma de setenta y ocho mil ciento quince reales: precio fabuloso para aquel siglo de pintores privilegiados, y existencias modestas y sosegadas

V.

Entre las órdenes monásticas de Sevilla se hacían lugar los Capuchinos por sus austeridades, egemplar enseñanza de costumbres y fervorosa predicacion; existiendo en la comunidad sujetos de grande nota por su origen, ilustracion y virtudes, que sabian perfectamente armonizar la severidad de su regla con el atractivo de su amena comunicacion y las solitudes obsequiosas de una afabilidad ex-

quisita. Hasta en la forma de sus cultos hermanaban los celosos observantes con una gracia particular la sencillez de su voluntaria pobreza con el gusto y el sentimiento mas delicados. En la procesion del Córpus, donde precedian á todas las religiones, en calidad del instituto mas moderno, llamaba la atencion pública la cruz revestida de flores naturales que conducían á la cabeza de su formacion; porque nada más bello que las prolijas labores, trazadas en el madero sagrado con las amables hijas de Flora, y nada mas artístico que la eleccion de matices y tiernos símbolos de aquellos festones y guirnaldas; adorando el palíbulo de la antigüedad; trocado por el Verbo en áncora de salvacion del humano linage. Adorando á Maria bajo la advocacion poética de Pastora de las almas, los capuchinos daban interés y esplendor á este rito con tanta efusion ingénua y tan dulce y tierno encanto que la devocion y el celo no encontraban punto que añadir al homenaje; trayendo á las mentes la humildad y entusiasmo de la primitiva iglesia.

La Comunidad de Capuchinos, como seccion de la familia seráfica, se asimilaba infinitamente más al pueblo que la religion de los domínicos, que la orden gerónima, y los

regulares de San Agustín; participando, en virtud de aquella identificación de intereses y objetos, de la propia vivacidad ingeniosa, de la misma insinuante espresion, y de la mágia en el trato que son característicos de nuestro pueblo meridional.

Al emplear á Murillo la comunidad capuchina en el adorno de su templo, fué recibido el artista sevillano en el monasterio de la puerta de Córdoba con tanta cordialidad y atenciones tan extremosas que Estaban no acertaba á demostrar su agradecimiento por las continuas pruebas de cariñosa estimación que recibia de aquellos ascetas venerables.

Costeaban algunos devotos las mejoras en la iglesia; autorizando al Padre Guardian á dirigir las, y ofreciéndose á sufragar los gastos conforme se les produgesen las cuentas. Esta circunstancia imponia al prelado la obligación de procurar toda la economía posible en las expensas para que no se le tachara de abuso, y así regateó en el ajuste de los cuadros cuanto es dable hacerlo en materias de confianza y en que la delicadeza funda legítimos escrúpulos. Se estipuló que el artista pintase en una sala espaciosa del convento; encargándose tambien de dirigir las faenas de albañilería, conducentes á la debida colo-

cacion del San Félix de Cantalicío, jubileo de la Porciúncula y Santas mártires Justa y Rufina. Para asistir al maestro, y servirle en cuanto hubiera menester, fué asignado un lego de edad madura y de simple condicion; pero excelente de índole, y prendado de la habilidad de Murillo hasta pasar las horas cerca del caballete, embebido en silenciosa contemplacion de la faena artística, y saliendo de su éxtasis para celebrar entusiasmado el remate de una figura ó el relieve de un accidente que contribuyera al efecto del cuadro. Bartolomé fué convidado algunas veces á desayunarse en el refectorio, y aquellos hijos de la orden seráfica que vivian en la más rígida estrechez de la regla penitente se esforzaron en proporcionar á su apreciado pintor cuantos regalos y prevenciones habria podido brindarle la familia mas aristocrática y opulenta. Este agasajo de los capuchinos para con Esteban dió margen á la predileccion del buen maestro por aquella excelente comunidad, y así muchos dias festivos y apacibles tardes de otoño iba á pasar algunas horas en la grata compañía de sus apasionados; esmerándose en recompensar con toda suerte de lisonjeras demostraciones el interés de los religiosos.

BARTOLOME ESTEBAN MURILLO. — 5.

Es sabido que en cada celda de los capuchinos el ajuar consiste en una tarima, cubierta con una manta de lana burda; una mesilla con libros de rezos y devociones; dos sillas de paja; una calavera en el nicho donde se coloca la lamparilla, y una cruz á la cabecera del duro lecho. Esteban aprovechó la ausencia del Guardian cierto día para sustraer la cruz que pendia del muro sobre la cama del prelado, y pintándola de negro y al óleo, trazó en ella al Redentor expirante, á sus piés la Virgen en el trance mas cruel de sus dolores, y más abajo un religioso, calada la capucha, los brazos cruzados y ocultos por las holgadas mangas del sayal de San Francisco, y en una actitud de mística y profunda meditacion. El pensamiento fué celebrado como trabajo excelente y como galante sorpresa, y Murillo á ratos de reposo en su tarea principal pintó de igual manera las cruces de madera tosca que decoraban las celdas de los Padres maestros y frailes de órdenes mayores en el santo cenobio. Como la hospitalidad amorosa que Bartolomé recibia no tenia excepciones en aquella casa, el maestro sevillano hubiera sido injusto si excluyera de su gracia á novicios y legos, y así pidió las cruces que pertenecían á los catecúmenos y servidores de

la comunidad; pintándolas por el propio estilo que las otras, sin mas diferencia que sustituir al monje contemplativo una calavera con dos canillas, cruzadas como las célebres aspas de Borgoña. El insigne pintor dió cima á su empresa, igualando en adorno á las cruces que alternaban en las pilastras del templo, y de esta suerte dejó en Capuchinos sobre unas cuarenta piezas escogidas, que entonces daban fé de su amistad, y hoy se pagan á tres mil y cuatro mil reales cada una de las vendidas en la época de la ex-claustracion, y aun de las arrebatadas por la codicia á la sombra protectora del santuario. Yo he visto algunas de estas cruces con ribetes de plata, y otras engastadas en un cuadro de ébano con marco vistoso; recordando como la mejor conservada la que posee en su coleccion de curiosidades artísticas, y en su palacio de Córdoba, el Excmo. Sr. D. Ignacio de Argote y Salgado, marqués de Cabriñana del monte; digno por su mérito de su título, preciado su título con su mérito.

Ahora nos toca referir la tradicion mas autorizada que conserva Sevilla respecto al cuadro de la Virgen con Jesus niño en los brazos, intitulada *de la servilleta*, un dia blason de aquella comunidad edificante, y al presente

joya de nuestro museo provincial en el salon llamado de Murillo.

Dejamos contado en otro lugar de este capítulo que se habia puesto á disposicion de Bartolomé, y de órden de sus superiores, un hermano lego, estremadamente servicial, por demás sencillo, y cautiva su voluntad de las prendas del maestro sevillano, cuyas tareas seguia sin perder ápice, y embebecido en cándida admiracion de sus obras. La bondad nativa de Esteban le movió á familiarizarse con aquella mansa y agradable criatura, que le creia de naturaleza superior; le trataba con una especie de rendimiento sumiso, y saboreaba con delicia y en contemplacion silenciosa los misterios del arte que van envueltos en cada rasgo y en cada toque de una mano inteligente y diestra. Alentado el lego por la disposicion comunicativa de Murillo, y cediendo poco á poco al estímulo de la simpatía y á la influencia de la afabilidad, entró en conversacion con el artista, cada vez mas franco y chancero, hasta que tomando confianza con él sostenia diálogos prolongados y frecuentes, en que dejaba penetrar el fondo de su alma ingénua, como distingue la vista el lecho pedregoso de un arroyuelo al través de su escaso pero límpido raudal.

Cerca ya de rematar las obras del templo en la mansion de los capuchinos, Bartolomé conocía que el buen hermano luchaba por contener una impaciencia difícil de reprimir, y que se traslucía un deseo angustioso en sus frases, cortadas por el embarazo en la mitad de su balbuciente emision. Se propuso hacerle hablar á costa de toda especie de tácticas, y como Esteban no presumia de hombre de mundo, ni entonces obtenia favor el tipo de los diplomáticos caseros, tomó el partido de abordar la cuestion derechamente; conviniendo en que la línea recta es la más corta, y en que cada uno debe andar por el camino que sabe. Sus exploraciones dieron de sí el apetecido fruto, y á vueltas de alguna confusion vergonzosa, y merced á estrechar el maestro las distancias, supo en fin que el hermano sirviente, el que podia firmarse con mas razon que Gregorio el Magno *«siervo de los siervos del Señor,»* el compañero inseparable del pintor ilustre en el cláustro seráfico, estaba combatido fuertemente por la ambicion y por el orgullo, y por obra y gracia de Murillo.

Sí: El lego no habia resistido á la magia del arte en sus deslumbradores exornos, y desdeñando la propiedad en comun de aquellos lienzos admirables, ofrecidos á la adora-

cion en la iglesia de su convento, ambicionaba un cuadro suyo; para su celda; de su propiedad exclusiva; que nadie viera sin su permiso; que hiciese juego con el triste ajuar de un mendicante de la mas pura observancia.

Por otra parte, el hermano habia obtenido la honra de ser adscripto á la asistencia inmediata del maestro: gozaba de sus continuos favores y se envanecía de merecer una confianza casi fraternal: consiguió producir sensacion con su fortuna entre los demás legos, y que la comunidad reparase en la benevolencia de Murillo hácia su humilde persona. Habia menester un testimonio imperecedero de aquella amistad: que los pinceles del Zéuxis sevillano le consagraran una memoria alhagüeña: que durante sus dias poseyera la prueba inconcusa de su comercio amistoso con el Apeles cristiano, y legar al convento por su muerte una perla más, caída de aquella paleta incomparable para que la recogiese una mano tímida, trémula de emocion.

¡Ah! ¿Por qué la tradicion sevillana, conservando los pormenores de este episodio curiosísimo, no se cuidó de indagar, retener y transmitir el nombre y patria de este servidor de la comunidad capuchina?... Sin duda pagó tributo al espíritu severo de una regla, en que

el hombre se confunde y anonada voluntariamente; muriendo para la humanidad y naciendo á la sublime recompensa de la abnegacion en mejor vida.

Murillo averiguó finalmente que el lego suspiraba por la posesion de una obra de su mano, y accediendo al punto á sus votos, quiso apurar en broma la materia; reclamando al desconcertado sirviente el lienzo en que habia de pintar una imágen sagrada con destino al adorno de su celda. Aquí de los apuros del pobre hermano; porque no tenia un maravedí, ni era cosa de pedir de caridad á los mercaderes de los portales de la colegiata del Salvador, ni á los de calle Francos, Dados y Escobas, un pedazo de lienzo doble de á dos bilos, como el maestro lo empleaba ordinariamente. Por fortuna conservaba una servilleta, y preguntando si podia servir al efecto, y siéndole respondido que sí, la entregó á nuestro héroe.

Murillo cumplió su palabra, y la servilleta, estirada en el bastidor, imprimada con esmero, y objeto de una atencion escrupulosa, recibió la imágen risueña de la madre del Salvador del mundo, sosteniendo en sus amantes brazos al Dios niño más encantador y gracioso que concibiera nunca la fantasia del último

génio de la escuela sevillana, en que pareció agotar sus recursos la naturaleza. El lego, contando con el beneplácito de sus correspondientes superiores, llevó á su celda el donativo de Bartolomé, y es fácil conjeturar los estremos de su alborozo y la satisfaccion extraordinaria con que vería á cada instante aquel título elocuente de una predileccion que habia colmado de júbilo los dias de su asistencia al lado del esclarecido maestro.

La Virgen de la servilleta está pasada y repasada á nuevos lienzos en varias restauraciones, de suerte que no es dable demostrar con el cuadro la exacitud de esta válida tradicion; pero la insistencia en darle este nombre especial y la consecuencia en la sustancia de su historia son hartas garantías en su abono. (4)

VI.

Murillo habia conseguido el éxito fiado á la perseverancia, alcanzando la recompensa de su amante fé. Luego que sentó su fama bajo honrosas bases y abundó su taller en la artística tarea, marchó sin demora á Pilas, y

dió cuenta de su pasión á doña Beatriz; logrando la suspirada correspondencia de la virtuosa jóven, y uniéndola á su destino con los vínculos indisolubles del matrimonio. El amor no era entonces en España una especulación fria, un cálculo de interés positivo, una seducción material, ni tampoco un desbarro defebriticante imaginación como en los tiempos románticos de la edad media. La muger no era para los hombres de aquella década venturosa ni un instrumento de la fortuna, ni el ídolo de un culto fanático, ni un objeto de vanidad. Era la compañera en los trances de la vida, objeto de una atención respetuosa, tan libre de la afectación como agena al extravío. Era la esposa como la brinda la ley de Jesucristo, Eva regenerada, á los puros goces del tranquilo hogar, y á la creación de una virtuosa familia. Bartolomé Esteban que había sido hijo de bendición, sobrino afectuoso, discípulo sumiso, cariñoso hermano, amante leal, protegido capaz de íntimo agradecimiento, debía ser también modelo de esposos y padres. Bajo este punto de vista Murillo aparece en todos los antiguos documentos, contemporáneos suyos, ofrecido al amor de la posteridad, como uno de esos tipos de quienes

BARTOLOME ESTEBAN MURILLO. — 8.

decía el mordaz y escéptico Voltaire *«que le reconciliaban algunos instantes con la humanidad.»* Por el testamento de Esteban consta que tuvo tres hijos; D. Gabriel, ausente en Indias á la fecha del fallecimiento de su padre, D. Gaspar que seguía la carrera eclesiástica y llegó á prebendado de la Santa Iglesia Catedral, y D.^a Francisca, religiosa en el monasterio de Madre de Dios

Bartolomé era feligrés de la parroquia de Santa Cruz, distrito de la puerta de la Carne, antiguamente de Minjoar; y por mas que el Excmo. Sr. Dean difunto, Doctor D. Manuel Lopez Cepero, hiciera constar en una lápida del frónis de su casa que allí habia vivido el gran pintor, los arqueólogos sevillanos Aceves, Bueno, Collantes y Ariza sostienen por convincentes noticias y conjeturas que carece de verdad la inscripcion. Admirador entusiasta de las inspiraciones felices de sus predecesores y coetáneos suyos en la pintura, solía despues de la misa de doce todos los dias festivos quedarse embebecido ante el cuadro maestro del descendimiento de Pedro Campaña, colocado en una capilla de dicha iglesia parroquial y hoy en la sacristia mayor de nuestra Basilica metropolitana. Como el sacristan lo notase, y casi siempre lo detuviera

en el encargo de cerrar las puertas del templo, hubo de preguntarle:

—Maestro, ¿qué espera vuesamerced de ahí?

—Que acaben de bajarlo, contestó Murillo con un gesto respetuoso hacia una pintura que bien podia figurar al lado de igual asunto de Rubens.

Cuando Murillo medió su carrera tuvo autoridad bastante para adoptar una escuela, ecléctica en el buen sentido de la palabra: un estilo propio; medio entre la correccion sacrificando al efecto, y la visualidad prescindiendo del detalle estudioso. La escuela italiana y la flamenco-española hallaron puntos de alianza gradualmente en las obras de nuestro grande hombre; abjurando poco á poco el sistema de inclinarse á la severidad del dibujo mas que á la belleza del colorido, ó por el contrario, optar por la suavidad y hermosura de las tintas prescindiendo de líneas detenidas y contornos exactos. El Cabildo Catedral que durante la infancia y adolescencia artísticas de un maestro se guardaba de ocupar sus pinceles, temeroso de verse frustrado en sus esperanzas, y comprometer su reputacion de buen tino y mejor gusto, acudió por fin á Bartolomé con la demanda de una co-

lección de cuadros, que hoy figuran entre sus alhajas de mas precio. Para el Arcediano de Carmona pintó Murillo las efigies de los Santos Arzobispos Isidoro y Leandro, vestidos de pontifical y magestuosamente sentados (5). Habiéndolos regalado á su cabildo el virtuoso don Juan Federigui, se colocaron en la sacristía mayor; celebrando los capitulares su mérito y dando motivo á que le emplearan en 1656. Para la sala capitular pintó una Concepcion, y ocho Santos, lustre y prez de la ciudad mariana, como el nacimiento de la Virgen en la capilla de San Pablo y una sacra familia en la de Ntra. Señora de la Antigua. Pero así como Rafael tiene su Perla en la sacra familia del Museo de Madrid, Murillo tiene la suya en el San Antonio de Pádua del baptisterio de la Catedral de su patria. Allí está aquel Santo en el éxtasis de su divino amor; con su gloria radiosa, entre coros de ángeles, adivinados por el génio de un férvido creyente; el Verbo-niño entre ráfagas de una luz mas pura y diáfana que la solar, mas cándida que el fulgor de las estrellas; con su pié que parece palpar bajo el peso de su cuerpo, que se escapa vivo y real de la tersa superficie (6). Al ver este lienzo, ni rival en el mundo, se comprende que in-

glaterra quisiera un día adquirirlo, prometiéndole cubrirle materialmente de oro; comprendiéndose también que el cabildo catedral de Sevilla despreciara el oro de la Gran Bretaña y conservase el cuadro (7). Murillo retocó amorosamente los geroglíficos de Pablo de Céspedes, maltratados por las injurias del tiempo, y dirigió con esmero el dorado de la sala capitular: tareas que duraron los años de 1667 y 68.

El retrato de este hijo ilustre de Sevilla, obra de su mano, solicitado á su amabilidad por la ternura de doña Beatriz, su esposa, ha conservado su busto y fisonomía al exámen de las escuelas de Lavater y Gall; y desde la teoría del ángulo de facies hasta los órganos de tono y colorido, los profesores extrangeros de ambas ciencias han reconocido al punto en su imágen todos los caracteres distintivos del artista de orden superior. Depresores mezquinos han negado á Esteban otra cualidad eminente que la belleza del color; pero ahí están para desmentir á los que niegan la maestría de su dibujo, la viveza de su expresión, y sus conocimientos en la perspectiva é ilusión óptica, las inimitables cabezas de Cristo, Moisés, el padre del hijo pródigo, Abrahán, San Antonio y San Félix de Can-

talicio; el cuadro de Santa Isabel de Hungría, lavando á los leprosos, donde campear los claros ambientes con los plegamentos concienzudos de los paños; donde seduce la ingenuidad y franqueza de los desvanecidos, y sorprende aquel estudio anatómico de las formas desnudas; aquella lepra costrosa, cuya vista crispa los nervios como la propia repugnante verdad; ahí está, por último, la precesion al parage nevado del medio punto de la nave principal en Santa Maria la Blanca.

VII.

Se atribuyen á Murillo muchos discípulos; pero el conde del Aguila, que pasó una gran parte de su ilustre vida en inquirir minuciosos detalles acerca de los héroes que enallean esta metrópoli, incluye en una nota, suministrada al viajero D. Antonio Ponz, las noticias comprobadas de los pintores que debieron á Bartolomé Esteban su educacion artistica. El apéndice en cuarto de la seccion 1.^a especial del siglo XVIII del archivo general de S. E. en el número 26 señala como alumnos indudables á D. Pedro Neñoz de Vilavi-

cencio, caballero de la orden de San Juan, excelente en copias de su maestro y especial en retratos; D. Francisco Ochoa y Antolines, dedicado con éxito imponderable á la especialidad de paisista; Sebastian Gomez, el mulato, dibujante rígido y colorista original; Meneses Osorio, menos correcto, pero buen retratista; Juan Simon Gutierrez, vecino de la collacion de San Pedro, y pintor de privilegiadas dotes, y Mateo Gonzalez, elevado á copista feliz de su maestro desde moledor de colores en su taller. Las noticias del conde del Aguila son tanto mas autorizadas que las de Cean y Palomino, cuanto que las tenia directamente del conde de la Mejorada, su colega y amigo, quien trató íntimamente al mulato y á Gutierrez, fallecidos el uno en 1730 y el otro en 1724, á Mateo Gonzalez y á su hijo, cura en la parroquial de Santa Catalina mártir, como se expresa en la mencionada nota número 26, y además al dominico Gutierrez, hijo del celebrado Juan Simon, y maestro en el colegio de Regina.

Es curiosa y digna de referirse aquí la historia del mulato Sebastian Gomez, hijo de unos moriscos esclavos, naturales de Granada, donde nació Sebastian, y vino á parar á Sevilla; siendo comprado por Bartolomé Es-

teban, el que se propuso adiestrarlo en la imprimacion de lienzos, y moler pintura. Instalado en el taller, y conmovido por el trato afectuoso de su dueño, se prendó del arte y concibió hácia su señor una especie de adoracion respetuosa, que se revelaba en el pasmo con que se detenía á verle pintar.

—Muchacho, (le decía Murillo con bondadoso tono) ¿qué haces ahí parado?

—Señor, respondía Sebastian conmovido, admirando á vuesarced; y continuaba imprimando ó moliendo con abatimiento pesaroso; porque aquel hombre de color, abyecto y excepcional, sentía arder en su cabeza la vívida llama de la inspiracion, y latir su corazon de artista en presencia de las obras de su amo y aventajados discípulos.

Algunas veces (referia Juan Simon al conde de la Mejorada) el maestro corregia á los discípulos con el yeso, ó desvanecía una tinta cargada, explicándoles con su ordinaria afabilidad el secreto de su escuela, equidistante de la dureza y del amaneramiento. Sebastian venia paso entre paso á incorporarse en el grupo, y escuchaba á maese Bartolomé con religiosa veneracion, siguiendo el giro de su pensamiento como una inteligencia desarrollada por los principios del arte. Murillo, tra-

zando el defecto, corregido el toque, y concluida la enseñanza oral, se volvía, encontrando á su siervo saboreando aun con deleite la lección, y estático ante el enmendado lienzo; y entonces con una sonrisa benevolente el maestro decia al absorto esclavo moriseo:

— Pero, Sebastian ¿vás tú á ser pinfor?

— No señor, contestaba Gómez tristemente, retirándose á trabajar á un rincón del taller, y dejando escapar un suspiro de profunda pena.

Sucedía extraviarse de la cartera de dibujos del maestro, yá muestras de elementos de la pintura, ora cabezas sombreadas, bien ligeros bocetos, y aun aguadas, y adornos al claro-oscuro, que se buscaban inútilmente algunos dias, y aparecian colocados en su lugar despues por una mano misteriosa. Los alumnos observaban que dibujos apenas comenzados, y dejados á última hora para su continuacion al dia siguiente, estaban mediados ó concluidos por la mañana por un dueño travieso, y mas de un cuadro se veía afeitado por pinceladas extravagantes de mano inesperada, ó por el contrario luego, honrado con una colaboracion distinguida. Seriejanter chuscas das escitaron la atencion en el taller de Mu-

BARTOLOME ESTEBAN MURILLO. — 7.

rillo, y las sospechas de los buenos rasgos se atribuían á entretenimiento jocoso de Villaviecenio, y los disparates á osadías de Mateo Gonzalez, inferior entre los demás alumnos del pintor de las Vírgenes y los ángeles. El maestro se enteró de aquella novedad; pero tenía la costumbre de no mezclarse en las bromas; haciéndose el desentendido en los chascos y cuestiones de sus educandos.

A todo esto el duende llevaba cerca de dos años de enredar en cuadros ajenos, y el pícaro se iba perfeccionando de lo lindo en su tarea. Sucedió que un día visitó á Murillo el Padre Prior del convento dominico de San Pablo, encargándole que se ocupara en hacerle el boceto de un gran cuadro de la Virgen del Rosario para el testero de la escalera principal, con Santo Domingo y Santa Catalina de Sena. El Prior queria presentar el boceto á la Comunidad para decidirla á emprender una obra de costo, y prescindir de retablos y adornos de escultura, como lo proponian algunos. El maestro se informó del pensamiento, concebido por el Prior de los dominicos, y mandó á Sebastian que imprimase un lienzo, donde á ratos perdidos trazaba en borrador ininteligible algunos lineamentos; pero como apuraba el trabajo; y el proyecto del prelado de

San Pablo no era cosa urgente, Murillo arrinconó el cuadro en un ángulo del taller, y le olvidó por espacio de algunas semanas. Al fin Bartolomé recordó una mañana que tenía un boceto en borron, y señalando á Mateo Gonzalez el sitio en que yacía, le ordenó traerle al caballete para ir determinando algun tanto aquel embrion de la idea que le habia sido encomendada... ¡Oh sorpresa!... La idea se habia realizado como por encanto. La Virgen, con el niño Jesus en sus brazos, se ostentaba concluida con suma gracia, en un globo rumboso de transparentes nubes, entre coros de ángeles, unos tañendo instrumentos músicos, otros sosteniendo el sôlio soberano. Las cabezas de los Santos, Domingo y Catalina, se hallaban metidas diestramente en color, y diseñados los demas accesorios con gran soltura. El maestro sorprendido abandonó su asiento; examinó el cuadro con avidéz, y dirigiéndose con grave actitud á sus discípulos les dijo, señalando al cuadro:

—Señores, el duende se sube á mayores, y la emprende ahora conmigo; pero basta de truhanerías y entendámonos. Señor don Pedro ¿ha hecho esto vueseñoría?

Villavicencio puso la mano sobre el pecho; protestando por su fé de caballero que no ha-

bia tocado al lienzo, ni sabia donde estaba reservado.

—¿Eres tú el duende? preguntó el maestro á Juan Simon.

Iguales protestas que Villavicencio.

—Señor Meneses ¿tampoco esto es obra de sus manos?

—Tampoco, replicó con enérgica negativa el interrogado.

—¿Has pintado tú esto? dijo Bartolomé á Mateo Gonzalez.

—¡Qué mas quisiera yo, seor maestro! exclamó el principiante con ánsia

—Veamos, Sebastian ¿serás tú el pintor? añadió Murillo, interpellando con burlona formalidad al morisco, ocupado en moler carmin.

El mulato se puso lívido: sus brazos cayeron como desarticulados á lo largo de su cuerpo desfalleciente: retrocedió algunos pasos, y tuvo que apoyarse en la pared para no venir al suelo, trastornado por una fuerte emocion.

—Habla. ¿Eres tú? repitió el maestro con extrañeza.

—Sí señor, respondió el mulato granadino con un esfuerzo supremo.

—¡Tú, muchacho! gritó el maestro Esteban.

—¡Sebastian! dijeron en coro los discípulos abandonando sus ocupaciones para rodear al esclavo, que parecia un sentenciado á muerte.

El esclarecido pintor quedóse mirando de hito en hito á su siervo, y admirando la fuerza irresistible de una vocacion artistica que habia suplido la enseñanza con la atencion, y la práctica con los ejercicios secretos. Asió de la mano á Sebastian, que se dejó conducir al banco de su dueño como una víctima al ara del sacrificio, y poniendo en sus manos paleta, tiento y pinceles, y señalando al cuadro, le intimó que continuara su labor.

El mulato se repuso, y comprendiendo que Esteban era incapaz de escarnecerle, comenzó á pintar el hábito de Santo Domingo, y á indicar los pliegues de la túnica con una facilidad magistral. Murillo y sus discípulos seguian todos los movimientos del esclavo, sin poder dominar su interés por aquella criatura, aherrojada por un aciago destino, pero ennoblecida por su génio y su aplicacion.

—Basta, hijo mio, dijo Bartolomé interrumpiendo la tarea de Gomez. Eres libre desde hoy, porque lo mereces; sigue ese cuadro cómo vá, y yo haré que figure en su puesto,

firmado por tí. Caballeros, añadió volviéndose á sus alumnos, bien dice el adagio que donde menos se piensa salta la liebre. (8)

Sebastian logró ver su lienzo en la escalera de San Pablo, y en una lápida figurada se leía una inscripcion latina, cuya traduccion es como sigue: «*Sebastian Gomez, granadino, consagra los primeros frutos de su trabajo á la Reina del Cielo, madre de Dios, bajo la advocacion del Rosario.*»—En la iglesia de PP. Capuchinos existian un San José y una Santa Ana del mulato, en el coro bajo, y en la sacristia Cristo atado á la columna y San Pedro á sus piés, lloroso y arrepentido de su ingratitud.

VIII.

De todas las ciudades de Andalucía, y aun de la villa y córte, pediau cuadros al egregio pintor, y Granada, Córdoba, Jaen, Málaga, y otros pueblos de su rádio conservan con singular estimacion las muestras de su fecundo génio. Pocos artistas han producido mas obras destinadas á la adoracion pública, y pocos tambien han merecido tantos encargos de los



próceres para adorno de sus capillas y estrados. (9) El piojoso, la frutera, el vinatero, la cabaña en el Cármen descalzo de Madrid, y la vendimiadora testifican su idoneidad para los estudios de costumbres. Sus flores y paisajes le acreditan de competente en este ramo. Aunque pocas, tiene algunas marinas relevantes, un San Francisco de medio cuerpo, grabado al agua fuerte, determina su aptitud en esta especialidad, y entre sus frescos es digna de subida estimacion la imagen del apóstol Santiago en la hermita de Belen de la villa de Pilas.

Habiéndole acreditado su experiencia propia las dificultades anexas á formarse los pintores sin auxilios académicos, concibió el plan de fundar una escuela pública de dibujo y colorido, sin amilanarse por la representacion de los inconvenientes que debian oponer á su patriótico pensamiento el génio brusco y altivas pretensiones de Valdés Leal, y (10) la envidiosa condicion de Herrera el mozo. El Asistente y algunos capitulares secundaron su proyecto, y en 11 de enero de 1660 se inauguró la Academia, abriendo sesion pública bajo la presidencia de nuestro héroe en la magnífica Casa-lonja. A Murillo se deben el cultivo de la anatomía pictórica, la modelacion

del desnudo clásico, y los prolivos estudios del escorzo, como elementos de educación artística.

IX:

Antes que Herrera el mozo recibiese la honra de ser nombrado pintor de cámara, y llamado á palacio por el señor D. Carlos II, se ofrecieron distinciones tan lisonjeras á Murillo, quien buscó la plausible excusa de su avanzada edad, bien que aun estuviera ágil y robusto. Habiendo pasado á Cádiz á mediados de 1681 á pintar para el altar mayor de los Capuchinos el gran cuadro de los desposorios de Santa Catalina, tropezó en un travesero del andamio y cayó, recibiendo tan fiero golpe que le resultó una fractura por donde salían los intestinos. Se hizo trasladar á Sevilla con esquisitas precauciones; pero desde aquel punto su vida fué una agonía dilatada y penosa, y en abril de 1682 otorgó su testamento ante el escribano público Juan Antonio Guerrero, recibió los sacramentos con cristiana resignación, y entregó su espíritu al Hacedor sumo el día tres. Hé aquí la par-

lida de sepelio del maestro sevillano, tal como se encuentra al fóllo 12 del libro de su año: — «En cuatro de abril de mil seiscientos ochenta y dos años se enterró en esta iglesia de Santa Cruz de Sevilla el cuerpo de Bartolomé Murillo, insigne maestro del arte de pintura, viudo que fué de doña Beatriz de Cabrera Sotomayor: otorgó su testamento por ante Juan Antonio Guerrero, escribano público de Sevilla; y dijo la misa de cuerpo presente el licenciado Francisco Gonzalez de Porras.» — Murillo fué sepultado en un lucillo, sito en la capilla del descendimiento, ante el cuadro de Campaña que tanto escitára su admiracion.

A la venida de Felipe V, la multitud de extrangeros que seguian sus banderas conocieron la infinita valla de las obras de Murillo, y adquiriendo cuantas les fué dable, remesaron á Francia, Italia y Alemania buen número de preciosos originales, que propagaron el gusto por la escuela sevillana. El nieto de Luis XIV, cuando estuvo en esta capital con su real familia, corte y servidumbre, manifestó decidido aprecio por los asuntos sacros y profanos del gran maestro del siglo XVII, y mandó comprar buena porcion de

BARTOLOME ESTEBAN MURILLO. — 8.

ellos para el Escorial, San Ildefonso, Museo y nuevo palacio. Carlos III, durante el ministerio de Floridablanca, comunicó al Asistente de Sevilla, D. Francisco Antonio Domezain y Andía, que bajo una multa cuantiosa se vedára la venta de cuadros de Bartolomé Esteban á naciones extrañas; autorizándole á comprar *discretamente* los originales de Murillo, de que sus dueños tratáran de deshacerse. La invasion francesa bajo el dominio de Napoleon vino rapaz y profanadora á rebuscar los templos de la católica España para arrebatár á los santuarios y casas piadosas de Sevilla la flor de sus pinturas, y el célebre Soult llevóse á Francia lo mas preciado de la antigua escuela hispalense; devolviéndose luego una parte; aunque la mayor permanece aun en tierra extranjera. A la exclaustacion de los monacales en la pasada guerra civil una langosta de especuladores sin corazon cayó de improviso sobre los lienzos, tablas y esculturas de nuestros primeros artistas; verificándose en pró de los extranjeros un expolio, que rebuscando vistosas armaduras violó la misma paz de los antiguos panteones familiares.

X.

Sus contemporáneos pagaron á Murillo el tributo de justicia á sus prendas y virtudes, y reconocieron pública y solemnemente la excelstitud de sus cualidades y la supremacia de su talento sobre cuantos le precedieran y acompañaran en el cultivo de la pintura. En varios documentos concernientes á su persona se le dan los títulos de pintor insigne y maestro famoso, y además de Neve, Federigui, y Mañara le honraron con su estimacion las familias mas ilustres de esta nobilísima ciudad y los negociantes opulentos, enriquecido por la contratacion con las Indias occidentales, y establecidos definitivamente en Sevilla, no obstante la sensible decadencia de industria y comercio bajo el dominio de los postreros Hapsburgos. Los señores maestres le profesaban un aprecio singular, y segun el apunte que tenian en su archivo, y comunicará á Ponz el viagero el Sr. conde del Aguila, empleó Esteban solo tres dias en pintarles la hermosa Santa Catalina que llevó M.

Thiers al extranjero hace algunos años; estipulando que le convidáran para almorzar los dias que emplease en dicha selecta obra.

El pueblo conocia el mérito relevante de Bartolomé, y le contemplaba gozoso, como un viviente blason de su tiempo y de su patria, como un elemento favorable á la distincion de Sevilla entre las capitales de la monarquía iberá. Demasiado pobre la multitud trabajadora para poseer lienzos del Parrasio andaluz, los costeaba con sus donativos en hermandades, capillas, y nuevos retablos de monasterios y parroquias, y en la casa-corral del conde de Olivares, en la feligresía del Señor Santiago Apóstol, se cuestó entre los vecinos el contingente necesario para comprar un Cristo en la columna, destinado al muro de la meseta de la escalera principal, cuya imágen pintó Murillo en el género de Zurbarán y Valdés. Este cuadro sufrió el deterioro, consiguiente á la incuria y desaseo de los tránsitos en casas de viviendas, y con el pretexto de su restauracion fué quitado de su lugar en 1803, y no pareció mas en el vasto edificio, albergue de la clase proletaria.

En el extranjero se aplaudia tambien la habilidad de Murillo, sobre todo en los últi-

mos tiempos del artista, y tanto mas cuanto que las brillantes escuelas de Flándes y de Italia experimentaban los sintomas precursoros de un cataclismo ruinoso, mientras que la sevillana despedia vívidos destellos en los cuadros de Esteban y sus discípulos. Cuantos maestros y aficionados de allende visitaban la ciudad tenian buen cuidado de entrar en relaciones inmediatas con el príncipe de nuestra escuela, y encargarle bocetos, pinturas originales, y copia de sus mejores cuadros; ostentándolas en sus paises respectivos como excelente muestra del triunfo que obtenia la belleza del color sobre la severidad áspera del dibujo, y como fehaciente prueba de los adelantos que preciaban al noble estilo español.

Nicolás Omazur, excelente grabador flamenco, tuvo intimidad extraordinaria con nuestro héroe; pasando largas horas en su taller; entreteniéndole con varias consultas sobre motivos del arte, y haciéndole encargos de historias y paises que se proponia vender á elevados precios en su patria. Omazur popularizó el retrato de Murillo, conocido por *de valona* para diferenciarlo de otros, copias del que hizo el gran maestro á instancias de su amante familia. Segun escribía el conde

del Aguila á D. Antonio Ponz en 1779 habia pasado al dominio del magistrado Bruna, teniente de alcaide de los Reales Alcázares; cierto libro, propio de los Laurences, edicion de Bruselas en 1691, publicado por el referido Omazur, lleno de dibujos originales de Cornelio Schut de Ambere (fallecido en Sevilla en 1684), otros de Juan de Valdés, (que murió en esta capital en 1681) donde habia enérgicos bocetos de los geroglíficos pintados en la Caridad y diferentes detalles del retablo en la sala de cabildo; muchos cuadros de Bartolomé Esteban, y notables entre todos por la delicadeza del grabado y efecto del claro-oscuro las imágenes de los Santos Arzobispos y la Virgen de Belen. Terminaba libro tan selecto con una recopilacion por vía de apéndice de los cuadros mas famosos, pertenecientes á las escuelas flamenca, italiana y española.

El egregio conde del Aguila, D. Miguel Espinosa Maldonado de Saavedra, poseía como vinculacion gloriosa muchos lienzos de inestimable valor; dando la preferencia sobre todos á la Virgen de la Faja, que no quiso vender al cabildo catedral, ni para el palacio de San Ildefonso, apesar de la exorbitante suma que se le ofrecia por aquel cuadro; es-

casando atender á las proposiciones con alegar que le habia pintado Esteban espresamente para su familia, y más con el ánimo de complacerla que con pensamiento de lucro. Este portentoso lienzo, enagenado por el último sucesor del célebre título, y llevado al extranjero inmediatamente, logró la fortuna de ser restituído á su pátria por S. A. Srma. el duque de Montpensier, y descnella entre las preciosidades y peregrinos objetos que decoran el palacio suntuoso á orillas del Guadalquivir, un dia colegio náutico, y despues instituto provincial.

Como no hay en el mundo una obra que á su bondad intrínseca deje de reunir algo de nocivo y de inconveniente, el diccionario de bellas artes de Cean, publicado al comienzo de nuestro siglo, y recibido con general aplauso por la multitud é importancia de sus noticias, surtió el pernicioso efecto de guiar como por la mano á los caudillos de la invasion francesa en la recoleccion de los lienzos mas aventajados de nuestras celebridades. El mariscal Soult, duque de Dalmacia, propenso á los esplendores del fausto, y apreciader inteligente de objetos artísticos, muebles suntuosos y prendas raras (sobre todo recogidos como botin en las irrupciones

de la Francia imperial) llevó el espolio de los santuarios y casas religiosas á un estremo inaudito. Bien aprovechó S. E. la dominacion en un pais, donde poco despues del descubrimiento de las nuevas Indias fijaron su vecindad armadores, banquistas y negociantes de las mercantiles repúblicas italianas y de las industriosas comparticiones de Borgoña y Flandes, que trageron el gusto por la pintura en tabla y metal; inspirando la emulacion de los naturales, y dando origen á una brillante escuela, que en breve supo elevarse por cima de los modelos que provocáran sus primeros ensayos. El donativo de la Natividad de Nuestra Señora al exigente mariscal de parte del afligido cabildo de nuestra Santa Iglesia merece referirse, tal como lo cuentan testigos abonados, para que la tradicion pase autorizada al porvenir por un testimonio, publicado cuando vivian, y les era fácil refutar la noticia, muchas personas, enteradas en el curso del acontecimiento.

La Natividad de Nuestra Señora era uno de los cuadros mas encantadores de Murillo, y su hijo D. Gaspar le dejó por su muerte á la Basílica metropolitana, donde se le tenia colocado frente á la capilla Real y ex-

tre los lienzos que decoran hoy aquel muro zaguero de la sacristía, inmediata al altar mayor. Poseionado el ejército francés de esa capital, y mandando en jefe el distrito el mariscal Soult, se nombraron canónigos por José Bonaparte, y entre ellos una persona de gran valía moral y literaria, ligada al duque de Dalmacia por vínculos de simpatía y lazos de gratitud. En una minuciosa visita á la Catedral del general en jefe recayó su atención con insistencia en el magnífico nacimiento de la madre de Cristo y preocupado con la hermosura y risueña perspectiva de aquel lienzo, revolvía en su imaginación vehementemente los varios recursos que había de emplear hasta conseguir la posesión del codiciado objeto de sus votos. Aquella misma noche se apartó de su ordinaria tertulia en compañía del insigne capitular eclesiástico para esponerle su deseo de obtener el cuadro á toda costa; pidiéndolo consejos acerca de la táctica mas segura para vencer la prevista y natural resistencia de la corporación á la venta como al donativo de aquel legado inestimable. El buen canónigo conocia demasiado al mariscal-duque para intentar retraerle de sus designios, y sin duda que el hom-

bre que tuvo audacia suficiente para pedir al cabildo de Córdoba la custodia de Enrique de Arfe ideando presentarla como ramillete en la mesa de las Tullerías, no debía ceder en su capricho por un cuadro al óleo porque repugnára desposeer de aquella alhaja á su templo el cabildo de Sevilla. Nuestro sábio compatriota que ya habia penetrado la índole de los cuerpos deliberantes, y era práctico excelente en la tarea de conducir las cuestiones á buen puerto entre los escollos de la discusion y á través de los arrecifes del conflicto, emitió con franqueza su opinion autorizada y Soult quedó satisfecho hasta no mas de su astuto dictámen.

El mariscal sorprendió al cabildo, exigiendo la entrega del cuadro de San Antonio de Pádua del baptisterio con destino al Museo de París. Un rayo no hubiera producido mayor efecto entre los capitulares; porque arrebatár á la Basílica su timbre mas augusto era una osadia que jamás pudo caber en la órbita de sus cálculos, y que provocaba un conflicto en la poblacion, acostumbrada á citar aquella obra del gran maestro sevillano como la mejor prenda del tesoro de su iglesia matriz. Los términos de la peticion eran absolutos y concisos, y el carácter del peti-

cionario duro y tenaz; habiendo aun de agradecerle que se tomara el trabajo de pedir lo que era completamente árbitro de tomar sin especie alguna de compromiso. Entonces, y en el apuro de tan apremiante situacion, cayeron los canónigos en la cuenta de que uno de entre ellos gozaba los especiales favores y preferente estimacion del duque de Dalmacia, y apesar de su resistencia y salvedades le cometieron el encargo de parar el fiero golpe; transigiendo con plenos poderes la cuestion, y salvando á la imagen de San Antonio de los intentos desafortados del general en jefe.

Esto era lo que procuró traer á consumacion el mariscal por consejo de su cauto amigo, y este figurando negativas del caudillo francés, presentándole mas propicio luego á sus vivas solicitudes, y proponiendo por último, y á guisa de dádiva corruptora, la donacion del cuadro de la Natividad, arrancó la presa que de otro modo nunca se hubiera convenido á soltar el cabildo eclesiástico. El mariscal logró lo que anhelaba; el canónigo decia algunos años despues que este donativo evitó muchas violencias, y el lienzo del inmortal Esteban no fué comprendido en la devolucion de otros despojos de la rapacidad

franca por su calidad aparente de regalo. Maquiavelo habia escrito hacia cuatro siglos la teoria de esta práctica: *«pide mucho si hay dificultades para concederte algo.»*

El cabildo catedral regaló al rey de los franceses un Ecce-homo de nuestro preclaro Bartolomé en primera vida, y en legitima recompensa de varias obsequiosas espresiones de monarca, tan amante de preciosidades artisticas; recibiendo además de Luis Felipe en 1843 el cuadro soberbio de Colom por Emilio Lasalle, una coleccion de las óperas mas celebradas en los repertorios antiguo y moderno, y una Revista de ciencias y artes, encuadrada con primoroso gusto. El pintor de Cámara de Luis Felipe ha indemnizado á Sevilla de la obra que pintó el que no quiso serlo de Carlos II.

XI.

Ya que hemos tenido la fortuna de dar á conocer en un estudio biográfico los accidentes de una existencia útil y noble, dispersos en otras reseñas como rasgos fugitivos, relacionados á la ventura en cartas inéditas, y con-

servados por la tradicion en la pátria del héroe, vamos á recibir las últimas palabras de su boca en el trance de la agonía. El testamento de Murillo fué protocolado en la escribanía pública número tres de esta ciudad, servida entonces por Juan Antonio Guerrero, y consta en el primer libro correspondiente á 1682 al fóllo 444.

Escusaremos trasladar los muchos defectos de ortografía de la redaccion; porque la fidelidad del documento no se funda en la imitacion de los errores, sino en la exactitud de las palabras. Dice así:

«En el nombre de Dios. — Amen. — Sepan
»cuantos esta carta de testamento vieren como
»yo Bartolomé Murillo, maestro del arte de
»la pintura, vecino de esta ciudad de Se-
»villa en la collacion de Santa Cruz, estan-
»do enfermo del cuerpo y sano de la volun-
»tad y en todo mi acuerdo, juicio y entendi-
»miento natural, cumplida y buena memo-
»ria, tal cual Dios nuestro Señor ha sido ser-
»vido de darme, y creyendo, como firme y
»verdaderamente creo, el divino misterio de
»la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espí-
»ritu Santo, tres personas distintas y un solo
»Dios verdadero, y en todo lo demás que tie-
»ne, cree y confiesa la Santa madre Iglesia

»Católica Romana, como cristiano deseando
»salvarme y queriendo estar prevenido para
»lo que Dios nuestro Señor fuere servido de
»disponer, y poniendo como pongo por mi
»intercesora á la siempre Virgen María, Se-
»ñora nuestra, concebida sin mancha ni dea-
»da de pecado original, desde el primer ins-
»tante de su sér, otorgo que hago y ordeno
»mi testamento en la forma y manera siguien-
»te:—Primeramente: ofrezco y encomiendo
»mi ánima á Dios nuestro Señor que la hizo,
»crió y redimió con el precio infinito de su
»sangre, á quien humildemente le suplico la
»perdone y lleve al descanso de su gloria,
»y cuando su divina magestad fuere servi-
»do de llevarme desta presente vida mando
»que mi cuerpo sea sepultado en la dicha mi
»parroquia, y el día de mi entierro, siendo
»hora, y sino otro siguiente, se diga por mi
»ánima la misa de requien cantada que es
»costumbre, y la forma y disposicion de mi
»entierro remito á el parecer de mis alba-
»ceas.—Item: mando se digan por mi áni-
»ma cuatrocientas misas rezadas: la cuarta
»parte de ellas en la dicha mi parroquia por
»lo que le pertenece, y ciento en el conven-
»to de nuestra Señora de la Merced, casa
»grande de esta ciudad, y las demás en los

»conventos y partes que pareciere á mis albaceas, y se pague la limosna que es costumbre.—Item: mando á las mandas forzosas y acostumbradas, y casa santa de Jerusalem á cada parte ocho maravedís.—Item: declaro que yo fui albacea de doña María de Murillo, mi prima, viuda de Francisco Terroñ, y páran en mi poder por bienes de la susodicha dos candeleros de plata, dos cucharas y cuatro tenedores, y seis jícaras guardadas de plato, cuyos bienes sabe y conoce D. Gaspar Esteban Murillo, mi hijo, clérigo de menores órdenes, cuyos bienes quiero y es mi voluntad mis albaceas los vendan, y su procedido se diga de misas por el ánima de la dicha doña María de Murillo, la mitad en el convento del Señor San Antonio de la orden del seráfico padre San Francisco de esta ciudad, y la otra mitad en el dicho convento de nuestra Señora de la Merced, casa grande de esta ciudad.—Item: declaro que en mi poder paran cincuenta ducados de vellón por vía de depósito, los mismos que dejó y legó la dicha doña María de Murillo, mi prima, para que tomase estado Manuela Romero, natural de la villa de Bobullos, cuya cantidad pára en mi poder para efecto de que la susodicha

»tome estado, y declároló así para que cons-
»te.—Item: mando á Ana María de Salce-
»do, muger de Gerónimo Bravo, que asistió
»en mi casa, cincuenta reales de vellon, los
»cuales se le entreguen luego que yo fallez-
»ca.—Item: declaro que me debe Andrés de
»Campos, escribano de la villa de Pilas, dos
»mil reales de vellon, procedidos del arren-
»damiento de cuatro años de unos olivares,
»á precio de quinientos reales cada año, á
»cuya cuenta me ha dado diez arrobas de
»aceite á precio de diez y ocho reales cada
»una: mando se cobre lo demas que se me
»resta debiendo.—Item: declaro que me de-
»ben del arrendamiento de unas casas que
»tengo en la Magdalena la renta de seis me-
»ses á razon de ocho ducados cada uno de
»renta del año pasado, cuya escritura pasó
»ante Pedro de Galvez, escribano público,
»de que fué fiador de á quien arrendé las
»dichas casas de que no me acuerdo de su
»nombre Antonio Novela, vecino de esta ciu-
»dad: mando se cobren.—Item: declaro que
»yo estoy haciendo un lienzo grande para el
»convento de los Capuchinos de Cádiz, y otros
»cuatro lienzos pequeños, y todos ellos los
»tengo ajustados en nuevecientos pesos, y á
»cuenta de ellos he recibido trescientos y

cincuenta pesos: declaro para que conste.—
Item: declaro que debo á Nicolás Omazur-
cien pesos de á ocho reales de plata cada uno,
que me dió y entregó el año pasado de seis-
cientos y ochenta y uno, y yo le he dado y
entregado dos lienzos pequeños que valen á
treinta pesos cada uno, que montan sesenta,
conque rebajada esta cantidad quedo deudor
al susodicho de cuarenta pesos: mando se
le paguen.—Item: declaro que Diego del
Campo me mandó hacer un lienzo de la de-
voción de Santa Catalina mártir, y se con-
certó en treinta y dos pesos, los cuales el
susodicho me ha dado y pagado; por lo cual
mis albaceas den y entreguen al susodicho
el dicho lienzo, acabado y perficionado.—
Item: declaro que un tejedor, de cuyo nom-
bre no me acuerdo, que vive en la Alame-
da, me mandó hacer un lienzo de medio
cuerpo de Nuestra Señora, que está en bos-
quejo, que todavía no está concertado, y
me ha dado nueve varas de raso: mando
que por defecto de no entregarle el dicho
lienzo se le pague el monto de las nueve va-
ras de raso.—Item: declaro que habrá de
treinta y cuatro á treinta y seis años que
casé con doña Beatriz de Cabrera Sotoma-
BARTOLOME ESTEBAN MURILLO.—10.

»yor, mi muger difunta, y la susodicha tra-
»jo á mi poder la cantidad que parecerá por
»la escritura de dote que pasó en uno de los
»oficios públicos que entonces estaban en la
»plaza de San Francisco, y yo no traje al di-
»cho matrimonio bienes ni hacienda ningunos:
»declaro así para que conste.—Item: declaro
»que doña Francisca Murillo, mi hija, monja
»profesa en el convento de monjas de Madre
»de Dios de esta ciudad, la cual al tiempo
»de su profesion renunció en mí sus legiti-
»mas, como de la escritura de renunciacion
»consta, que pasó ante el dicho Pedro de
»Galvez, habrá siete ú ocho años poco mas
»ó menos: declárolo para que conste.—Item:
»para pagar y cumplir este mi testamento y
»lo en él contenido dejo y nombro por mis
»albaceas testamentarios al señor D. Justino
»de Neve y Chaves, Prebendado de la San-
»ta Iglesia, y á D. Pedro de Villavicencio,
»caballero del orden del Señor San Juan, y
»al dicho D. Gaspar Esteban Murillo, mi hi-
»jo, á los cuales y á cada uno in sólidum
»doy todo mi poder cumplido y facultad bas-
»tante para recibir y cobrar todos mis bienes
»y hacienda, y venderlos, y rematarlos en
»almoneda pública ó fuera de ella, y de su
»procedido cumplir y ejecutar este mi testa-

»mento, usando del dicho cargo, aunque sea
»pasado el término del derecho y mucho
»mas.—Y pagado y cumplido este mi testa-
»mento, y todo lo en él contenido, en el re-
»manente que quedare de todos mis bienes,
»muebles raices y semovientes, deudas, de-
»rechos y acciones, y otras cosas que me
»toquen y pertenezcan al tiempo de mi fa-
»llecimiento, dejo, instituyo y nombro por mis
»únicos y universales herederos en todos ellos
»á D. Gabriel Murillo, ausente en los reinos
»de las Indias, y al dicho D. Gaspar Esteban
»Murillo.—DILIGENCIA.—En la ciudad de
»Sevilla, en tres dias del mes de abril de
»mil y seiscientos y ochenta y dos años, se-
»rian como las cinco de la tarde con poca di-
»ferencia que se me llamó para hacer el tes-
»tamento de Bartolomé Murillo, maestro pin-
»tor, vecino de esta ciudad, y estándolo ha-
»ciendo hasta poner la cláusula de herederos,
»que es el que está escrito antecedente, y pre-
»guntándole por el nombre del dicho D. Gas-
»par Estéban Murillo, su hijo, y dicho y pro-
»nunciado el dicho su nombre con el otro pri-
»mero su hijo, reconocí se moria por causa
»de haberle preguntado en órden á si habia
»hecho ó no otros testamentos para que
»quedasen revocados como se hace en los

»testamentos. Y no me respondió á ello con
 »que á breve rato espiró, y para que conste lo
 »pongo por diligencia, estando presentes al
 »dicho testamento D. Bartolomé Garcia Bra-
 »cho de Barreda, Presbítero vecino de esta
 »ciudad en la collacion de San Lorenzo, y don
 »Juan Caballero, cura de la iglesia de Santa
 »Cruz, y Gerónimo Treviño, maestro pintor,
 »vecino de esta ciudad en la collacion de San
 »Esteban, y Pedro Velloso, vecino y escribano
 »de Sevilla que lo firmaron.—(*Siguen dos pa-*
 »*labras testadas.*)—*Doctor D. Juan Caba-*
 »*llero—D. Bartolomé Garcia Bracho de Bar-*
 »*reda—Gerónimo Caballero Treviño—Pedro*
 »*Velloso, escribano de Sevilla—Juan Antonio*
 »*Guerrero, escribano público de Sevilla.*»(11)

XII.

Don Gaspar hubo de recurrir al teniente de la Asistencia, licenciado D. Rodrigo de Miranda y Quiñones, por ante el actuario Juan Antonio Guerrero, también escribano del número civil de la ciudad; solicitando información de los hechos, ocurridos en el sensible fallecimiento de su padre, á fin de que in-

terponiendo en forma su mandato y decreto judicial, validara su merced la última disposición interrumpida, como si fuese testamento *in scriptis* y nuncupativo, con todas las solemnidades formuladas por el derecho. En el mismo día 3 de abril proveyó el juez auto, recibiendo la ofrecida justificación sobre hallarse el insigne Bartolomé Estéban en su cabal juicio y entera voluntad al escribir Velloso al dictado de Guerrero la determinación legal de sus intereses mundanos. Comparecieron á prestar sus respectivas declaraciones el Presbítero García Bracho, el pintor Treviño, Pedro Velloso, Ana María Salcedo, y el párroco de Santa Cruz; dando fé por su parte Guerrero de que el testador parecia completamente en su acuerdo y razón natural en los momentos de arreglar sus negocios conforme á sus deseos últimos. El licenciado Miranda y Quiñones, atento á los méritos y resultados de la información practicada, declaró testamento eficaz y válido el de Murillo, mandó protocolar con el interrumpido la justificación reseñada, y que fuera inserta en los traslados y testimonios que se espidieran á las partes. El auto lleva la fecha del cuatro de abril.

XIII.

El propio día 4 se reunieron en la casa mortuoria, ante el oscribano Guerrero, el prebendado de la Santa Iglesia Catedral, señor don Justino de Neve y Chaves, don Pedro de Villavicencio, caballero del hábito de San Juan, y el clérigo de menores don Gaspar Esteban, albaceas instituidos por el testador, para proceder al inventario de los bienes, contenidos en la morada del finado maestro. Apuntaron un escritorio de Salamanca, de pié grande como de escaparate; un bufete de dos varas menos cuarta de largo y de caoba, menos cuarta de ancho con su herrage; otro bufete de caoba de vara y media de largo con su herrage, tres lienzos de dos varas poco menos de largo, con sus molduras doradas, uno de arquitectura, y otros de historias de la Sagrada Escritura, y todos tres son copias; un cuadro de tres cuartas de largo, con su moldura dorada, copia de la cabeza de San Juan Bautista, y dos fruteros de á media vara de largo, sin molduras. Aquí aparece suspendido el inventario, previa la salvedad

de continuarle como y cuando conviniese al interés de los albaceas, que firman con Guerrero este principio de ulterior formalidad testamentaria.

XIV.

Murillo carecia de sepultura familiar en parroquias ni conventos, y así hubo que enterrar sus mortales despojos en el panteon de Hernando Jaen, patrono fundador de la capilla que en Santa Cruz poseia la tabla singular del Descendimiento, pintada por Pedro de Campaña. Acontecia que bien por extincion de las ramas familiares, ya por mudar su domicilio los patronos ó sus descendientes, y aun por reducirse á la miseria, quedaban á beneficio de los templos las bóvedas, sus fosas y nichos; dando cabida al enterramiento de muchos particulares en aquellas sepulturas, propias de fundadores, ó compradas para lecho mortario de una prosapia ilustre, merced al favor de los curas y prelados, ó á virtud de limosna pia á las parroquias ó monasterios. En las terribles epidemias que afligieron á Sevilla en los siglos XV, XVI y XVII no

bastando la capacidad de los cementerios, adheridos á las parroquias y hospitales, ni las bóvedas espaciosas de los conventos y santuarios de particular advocacion, á contener la multitud de cadáveros, determinose franquear los enterramientos privilegiados al depósito de humanos restos, y por fin se arbitraron esas hoyas inmensas, llamadas *carneros*, donde se hacinaban las víctimas del contagio; señalándose despues melancólicamente con un poste, sirviendo de toca peana una cruz de madera. En la formidible epidemia de 1649 el panteon de los Jaenes en Santa Cruz fué uno de tantos, sometidos al allanamiento que escusaba la suprema ley de la necesidad, y en su recinto se albergaron muchos cadáveres de feligreses en la confusion natural que debian producir las circunstancias. Por esto al arruinarse la parroquia no fué posible la exhumacion de los huesos del insigne pintor sevillano, mezclados con tantos otros en el panteon. Cerraba aquella bóveda una losa funeraria donde campeaba un esqueleto grabado y esta inscripcion: «*Vive moriturus.*» (12)

Ya hemos visto por la disposicion testamentaria de Murillo que Palomino recibió informes inexactos acerca de la familia del prin-

cipe de la escuela sevillana; pues ni se llamaba José el hijo primogénito, ni era servidor de una capellanía de ópima renta, como escribe el autor mencionado en su *historia de la pintura*. Don Gabriel, discípulo aventajado de su padre, mozo de provecho y de resolución briosa, entró en vivos deseos de hacer fortuna en América, donde los hombres de habilidad que podían resistir al influjo del clima sacaban gran partido de su talento, prosperando al amor de valiosas relaciones. Esteban no quiso inmolarse a su cariño paterno las ambiciones y el porvenir de su hijo mayor, y otorgó su licencia á D. Gabriel para embarcarse á Indias, donde falleció poco despues del autor de sus dias, y lo prueba la circunstancia de interrumpirse el inventario de los bienes del padre difunto para no continuarse mas: lo que no hubiera acontecido existiendo un hermano ausente, cuya hijuela no constára enferma legítima hasta aparecer todo el patrimonio del padre como origen natural de la division entre sus herederos.

Don Gaspar, que disfrutaba de un beneficio en la parroquia de Santa María de la nueva ciudad de Carmona, no parece haberse distinguido por sus pinceles como se hizo notable por sus prendas y virtudes, y si bien es fa-

BARTOLOME ESTEBAN MURILLO, —1. 1

ma que recibió lecciones de su padre en el arte de Apeles y de Zénxis, no es menos positivo que no se muestra lienzo alguno como de su mano en esta capital que le dió cuna y sepulcro. Alcanzó una canongía en 1685 en nuestra metropolitana, y descuidando cumplir con la solemnidad de la protestacion de fé en el término señalado por constitucion canónica, se le multó por el cabildo en 1688 en la pérdida de un año de frutos: acuerdo que celebró gustoso al saber que la multa se aplicaba á la reparacion del grandioso monumento de la Catedral en Semana Santa, mal traído por falta de fondos para restaurarlo, Gonzalez de Leon trasladó el epitafio que aparecia en su sepultura, inmediata á la del famoso Arcediano Vazquez de Leca, y sita ante la reja del lado de la epístola del altar mayor en la iglesia matriz. De la inscripcion funeraria consta que falleció á los cuarenta y siete años de su edad el día primero de mayo de 1709; dejando su candal á los pobres. Así terminó esta generosa estirpe, sublimada por el génio en la persona del padre, sostenida por la virtud en la del hijo, y bendita por la posteridad.

NOTAS.

(1) La impropiedad muchas veces partía del principio de respetar hasta los yerros é ignorancias de los maestros predecesores. Murillo que arregló la figura de San Fernando á la de Felipe III y las de Leandro é Isidoro á los arzobispos de su era, tenía á la vista el escudo sobre el balcon de las casas Consistoriales, frontero á calle de Génova, donde tanto el Santo Rey como los arzobispos vistien á la usanza gótica, y tales como se cojian de las vidrieras de antiguas catedrales, y de las portadas y letras de péndola de códices, tumbos y cartas plomadas. Halló vigente la costumbre de hacer los santos y héroes al

gusto de la época del artista en Zurbaran, Pacheco, Herrera, Cano y Martínez Montañés, y siguió como precepto del arte lo que en realidad era una extravagancia hija de la falta de estudios históricos.

(2) El ilustre conde del Aguila (don Miguel Espinosa Maldonado y Saavedra) en una coleccion de apuntes, enviada al erudito viajero don Antonio Pons para ilustrar sus noticias acerca de esta metrópoli, y en punto á obras escogidas de artes, inserta lo que sigue: —*«Santa Catalina: Una lámina suelta de la Santa de medio cuerpo. Es retrato de la turca por quien Murillo solia hacer las cabezas de varias santas y principalmente de Nuestra Señora.* Confieso el gran valor de una noticia, dada por persona tan instruida y circunspecta como el egregio conde; pero recuso la tradicion que hizo llegar á él dicha especie; porque no basta un apunte contra lo que dificultan la índole ajustada y religiosa del pintor y la susceptibilidad de las creencias en su época. Rafael utilizaba á la *Fornarina* por modelo de vírgenes y santas: esceso que le reprehenden algunos biógrafos españoles como irreverencia, y Murillo vivia en una capital donde el férvido culto de la madre de Dios hu-

biese alarmado mas á sus contemporáneos tratándose de servir de original una infiel.

(3) En los papeles del conde del Aguila que forman la seccion primera especial del siglo XVIII en el archivo general histórico del Excmo. Ayuntamiento de Sevilla, y en el tomo de *Apendice*, número 26 de los en cuarto, se encuentran varias notas en borrador de las noticias comunicadas por el conde á Ponz el viagero, y al ocuparse de las obras de Murillo en la iglesia y hospital de San Jorge se dice lo siguiente:—«El cuadro de las aguas «en la Santa Caridad es un traslado puntualísimo del que pintó Guerschino, llamado de «la calabaza por la que sirve de recoger el «chorro de la peña. Murillo sustituyó la calabaza por un cacharro y por ser mas largo «el lienzo pintó el muchacho á caballo para «llenar un claro que resultaba de la diferencia de latitud con el original. El cuadro de «pan y peces es imitacion clara y descubierta del conocido por refaccion en el desierto, «obra de Herrera el viejo, colocada en el refectorio de San Hermenegildo, colegio de «padres jesuitas fundado por la ciudad. El «mismo asunto fué tratado con gran diferencia por el racionero Pablo de Céspedes pa-

«ra el refectorio de la casa Profesa de la compañía de Jesús. En el palacio de San Ildefonso existe el cuadro del Guerchino y puede V. comprobar el remedo.»

(4) Por mas que la historia de la Virgen, llamada de la Servilleta, se cuente con mayor crédito como en este capítulo la consigno, debo advertir que otros suponen sustraída la servilleta por chanza de Murillo; no sin que lo notara el lego, advirtiéndolo al Prelado. Entiendo esta version poco verosímil.

(5) El señor Cean en su *Diccionario de las artes*, letra E, artículo consagrado á Murillo, supone los Santos Leandro é Isidoro retratos del licenciado Alonso de Herrera, apunador del coro en la Catedral, y del licenciado Juan Lopez Talavan; añadiendo constar la noticia de un manuscrito de aquel tiempo. Sin embargo de coincidir esta especie con la referida por el conde del Aguila respecto á valerse de una turca para modelo de santas y vírgenes, repugno dar asenso á tales relatos que chocan directamente con la sólida piedad y profundo respeto de Murillo hácia los asuntos sagrados. Basta que los Santos Arzobispos de Estéban se pareciesen aunque poco

á los eclesiásticos Herrera y Talavan: para que se atribuyera intencion á las nobles y hermosas fisonomías de ambos metropolitanos, y un curioso lo consignara así, sin tomarse el trabajo de apurar la conjetura. No es verosímil que nuestro pintor hiciera la apoteosis de dos personas vivas en las augustas imágenes de los Santos hermanos, y para sujeto de tan ajustada conciencia como Federigui.

(6) Arana de Valflora en sus *«Hijos ilustres de Sevilla»* dice á propósito de la pasmosa verdad que campea en el cuadro de San Antonio que un pajarillo, engañado por óptica ilusion, vino á posarse en el borde de la mesa ante la figura del Santo portugués. De unas uvas, pintadas por Zéuxis, se refiere que otro pajarillo trató de picotearlas. De una yegua, obra del pincel de Parrhasio, se cuenta que hizo relinchar á un caballo que pasó junta á la tabla. Hay un empeño singular en atribuir á los hombres célebres de todas las edades inverosímiles episodios. Este lo es mucho mas atendidos el sitio y disposicion del cuadro.

(7) En un volúmen de efemérides sevill-

nas, perteneciente á la primera seccion especial del siglo XVIII, se registran estas curiosas fechas:—«En 28 de mayo de 1656 se «trasladó el baptisterio de la Santa Iglesia matriz á una capilla entre la de los Jácomes y «la puerta nueva del Sagrario. Antes se hallaba en la de las Angustias,» Prosigue mas abajo:—«En 19 de agosto de 1656 se puso la «vidriera en la ventana grande de la nueva «capilla bantismal de la santa iglesia matriz.» Finalmente dice:—«En 21 de noviembre fué «colocado en el altar mayor del baptisterio en «la Catedral el sobresaliente cuadro de San «Antonio de Pádua obra del famoso maestro Murillo.» (Archivo municipal de Sevilla.)

(8) Algunos han atribuido esta aventura á Juan de Pareja, esclavo de don Diego Velazquez; pero consta que Pareja mostró aficion al dibujo, y desde luego le aplicó su buen amo á lo que manifestó desear. Por otra parte el cuadro de *Sebastian Gomez* autoriza la anécdota espresando ser los *primeros frutos de su trabajo*.

(9) El marqués de Villamanrique deseando reunir un juego de cuadros de historia de lo mas selecto que hudiera en este

ramo del arte predilecto en el dia, pensó en las aventuras de David. Murillo no conocia rival en cuanto á figuras, y en gracia y belleza de paisos gozaba merecida reputacion Ignacio Iriarte, natural de Azcoitia en Guipúscoa, ponderado por el mismo Bartolomé como persona incomparable en este género. El marqués (segun lo trae Palomino) hizo el encargo á Estéban; recomendándole que la perspectiva y fondos fuesen desempeñados por el paisista referido. Iriarte instaba por que Murillo pintase las figuras primero, y esto parecia lo natural; pero nuestro héroe insistió en que precedieran los paisos á las figuras, y cortó la dificultad, ejecutando solo unos y otras con aprobacion esplicita del marqués. Cean adopta la noticia, mas supleniendo á Iriarte encarecido por el señor de Villamanrique en la historia de David y á Murillo escogido para las figuras esclusivamente, compromete la delicadeza del maestro sevillano en el hecho de suponer el abuso de delicadeza de ejecutar por sí figuras y perspectivas. No es nuevo el prurito de acumular historietas á la vida de los hombres ilustres, y el padre Feijoo en el tomo VI de su *Teatro crítico*, discurso X, epígrafe *Chistes de N*, prueba la facilidad de trans-

BARTOLOME ESTEBAN MURILLO.—12.

mitirse unos pasages mismos de unos héroes á otros. Bueno es saber las anécdotas, reservando la fé para las que se recomienden al crédito con buenos datos.

(10) Palomino, que en varias partes de su obra demuestra la distancia que hay entre el impulso de la buena voluntad y el logro de las aspiraciones, dice sin citar origen ni conducto de la noticia, que Bartolomé confió á Valdés Leal la perspectiva del claustro en el lienzo admirable de San Antonio; desconfiando de sus propias fuerzas, y pagando tributo al talento de su rival con modestia rara. Es mucha noticia para merecer el ascenso, destituida de datos y medios de comprobacion. Murillo sabia que Valdés, menospreciando el efecto del colorido á espensas de la severidad del dibujo, y envidioso del prestigio que adquirian las tareas de su émulo, decia públicamente que «*Estéban no era pintor* » En la soberbia procaz de Valdés era imposible que renunciara á sacar partido en la primera ocasion del auxilio que le hubiese demandado Estéban en su mas árduo empeño. Bartolomé se habia adquirido crédito en otros paisajes y lontananzas, tanto ó mas difíciles, y cuando el cabildo catedral le confiaba una pintura de

tanta magnitud no parecia decoroso llamar en su ayuda á persona de las condiciones de Valdés. Omito esforzar razones contra noticia semejante porque Palomino escribe no poco bajo la esclusiva fé de su palabra.

(11) Es original la ocurrencia de Cean Bermudez en la biografía del insigne pintor sevillano. Asegura que obra en su poder el testamento de Murillo; con su texto desmiente el nombre y condicion que dá Palomino al primogénito de Estéban, y supone que murió Bartolomé en los brazos del ausente Villavicencio.

(12) Debo aquí reconocer la utilidad de los informes, noticias y curiosos datos que me han suministrado para esta y otras reseñas biográficas mis compañeros en la secretaría municipal, los señores don Antonio F. García y don Manuel Gonzalez Reinoso, aficionados á estudios artísticos, é inteligentes de conocida reputacion en punto á cuadros y esculturas.

FIN.